

LOS BALCONES DE MADRID

Tirso de Molina

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- El CONDE, don Carlos
- Don JUAN, galán
- Don ALONSO, viejo
- Don PEDRO, galán
- Don ÁLVARO, viejo, amigo de don Alonso
- CORAL, gracioso criado de don Juan
- Doña ANA, prima de Elisa
- Doña ELISA, hija de don Alonso
- LEONOR, criada de doña Elisa

JORNADA PRIMERA

Salen LEONOR con manto y doña ANA sin él

ANA: ¿Eso viste? ¡Que eso pasa!

LEONOR: Ésta es la pura verdad
en fe de la voluntad
que, después de mi casa
eres vecina te debo.
Reconocimientos labras
ya en obras y ya en palabras,
tantos en mí que me atrevo
a revelarte secretos
que mi señora me fía.

ANA: Querrá el Amor algún día
que con mayores efetos
me desempeñe. Leonor,
sé entretanto mi acreedora.
En efeto, ¿tu señora
tiene a mi don Juan amor?
En efeto, ¿sus engaños
me pretenden usurpar
la acción que puede alegar
quien ha que le ama dos años?

LEONOR: En esa parte podré
disculpar a mi señora
justamente. Pues, si ignora
tus desvelos y no fue
como amiga consultada
de tus cuidados por ti,
¿en qué te ofende?

ANA: Salí,
Leonor, cierta y desdichada
en mis sospechas. Mudó
don Juan voluntad y afetos
y, mudándolos, sujetos
de su esperanza dejó
quejas que buscan venganza

contra quien no ha delinquido.

¿Podrá ser que de su olvido
tome mi agravio venganza?

Pared en medio tenemos
las casas donde habitamos.
Por primas nos visitamos;
como amigas nos queremos;
mas, pues celosa examino
ofensas que Amor me avisa,
desde hoy más recele Elisa
las obras de un mal vecino.

Fiscalizarán mis penas
acciones que la dan alas
murmurando de las malas,
maliciando de las buenas.

Tomaré satisfacción
del agravio que me adviertes;
pero en efecto, ¿en las suertes
que echa la superstición
esta noche, salió Elisa
con don Juan?

LEONOR: Y tú también
con don Pedro.

ANA: En su desdén.
De sus mudanzas me avisa,
que es don Pedro pretendiente
de tu señora, anterior
en frecuencias y en favor,
ya olvidado por ausente.

LEONOR: Si has de prevenirte en esto,
con mi advertencia prosigo:
envió Elisa conmigo
un papel en que echó el resto
de finezas...

ANA: No seguras.
...y dentro dél encajó
la suerte que les tocó.
No te diré las locuras
que con el epigrama hizo,
con la suerte y el papel;

diversas veces en él
puso, y no se satisfizo,
los labios. Díome esta joya.
Prometió sacarme un manto.
Si su olvido sientes tanto,
Sinón soy, Elisa es Troya,
procura tú ser Ulises.
Engaños a Elisa venzan,
y mientras estos comienzan,
adiós, hasta que me avises.

Vase LEONOR

ANA: No tienen otro caudal
los agravios y los celos
sino ardides. Prevendrélos
contra un hombre desleal.
Guerra es amor competido;
engaños usa también.
Celos industrias me den
pues que no me dan olvido.
Busquen mis solicitudes
castigos para traiciones,
enredos para ficciones,
trazas para ingratitudes,
para su engaño desvelos;
para mis venganzas modo.
Pero ya lo he hallado todo
pues soy mujer y con celos.

Vase doña ANA. Salen como de noche el CONDE y don JUAN

CONDE: ¡Templada noche!
JUAN: Muere
en ella el año, y cuando expira, quiere
obligarnos su blanda despedida;
que el huésped bienhechor tarde se olvida.
CONDE: No sé yo que pudiera

competirla la mansa primavera.

¡Qué clara! ¡Qué agradable!

JUAN: A mis venturas favorece afable.

¡Ay, Conde y señor mío!

Si Amor rapaz es todo desvarío,

y como niño estima

juguetes con que más su fuego anima,

un favor, un juguete,

fortunas esta noche me promete

que estorben mi tristeza

si del modo que acaba el año, empieza.

CONDE: Agravio me habéis hecho,

don Juan, cuando os presumo satisfecho

de la amistad que os fío,

con el nombre de "Conde y señor mío."

Dejad títulos graves

que los de la amistad son más süaves;

pues siendo vos mi amigo,

éste es, sólo, el blasón a que os obligo.

Aunque tan recatado

hallo de mi amistad vuestro cuidado,

y en él tan poco os debo

que llamaros amigo no me atrevo.

JUAN: Creed que si fiárosle rehuso,

no es por dudar de vos; mas porque el uso,

que yo frecuento poco,

no ha de juzgarme amante sino loco.

Y, porque viváis cierto

de que por esto el alma os he encubierto,

aunque desacredite

con vos mi seso y vuestra risa incite,

oíd filosofías

de un peregrino amor que ha muchos días

que siéndole obediente

en mí es naturaleza, no accidente;

pero con presupuesto

que no ha de seros, Conde, manifiesto

el nombre de la dama

que me ha juramentado, y de mi llama

tanto el secreto estima,

que hasta en los ojos su silencio intima.

CONDE: Con peligrosa usura
os empeña, don Juan, esa hermosura.
Decid, que yo os prometo
que por mí no peligre ese secreto.

JUAN: Yo, amigo Conde, adoro
la perla más que al nácar, más que al oro;
al diamante que engasta
la forma, más que a su materia. ¡Basta!
Quiero decir con esto
que adoro a un alma con amor honesto,
tan libre de apetito,
que aun el pensarlo juzgo por delito.

CONDE: Las gracias de un valiente entendimiento
enamoran tal vez el pensamiento;
y si él solo os recrea,
la dama debe ser, don Juan, tan fea
que el apetito os tasa
y amando al dueño perdonáis la casa.
¿De qué os sirven los ojos
si estímulo no son de sus despojos?
¿Tenéisla por hermosa?

JUAN: Llamen reina de flores a la rosa,
a Apolo las estrellas,
que ésta es la rosa y sol de todas ellas.
Blasone golfos de oro
la ninfa de Agenor que sobre el toro
nombró a Europa por ellos.
Diga la antigüedad que en los cabellos
de Elena y de Lucrecia
Arabias peinó Italia, Ofires Grecia.
Frecuente agora el uso
sutilizando el ébano difuso
aunque el francés lo tache,
cubra España sus sienes de azabache;
que mi amorosa prenda
ni el oro es bien que su cabeza ofenda,
ni el ébano, que en hilos
de nuestra patria abona los estilos.
Pues haciendo amistades

estas dos encontradas cualidades,
ni el sol podrá dar quejas
de que su luz no mira en sus madejas,
ni de ellas forma injurias
el azabache natural de Asturias,
pues de estos dos extremos,
el medio hermoso dilatado vemos.
Tan cándida la frente
espaciosa, venusta, transparente,
que en su alabastro puro,
por lo exterior al centro conjetura,
habitación hermosa
del alma que organiza y, ingeniosa,
asombra entendimientos,
oficina de tales pensamientos.
Dos arcos la rematan,
y entrambos semi-esferas se dilatan
sobre los ojos bellos
que, en fe de los que matan,
triunfante siempre, el niño dios en ellos
quiso con muestras reales
coronarlos también de arcos triunfales.
Yo sé que si los vieras,
para vivir mil veces mil murieras,
porque con dulces ceños
al paso que son graves son risueños.
Desde ellos se origina
un trozo de alabastro que termina
las dos mejillas bellas,
sutil la proporción, en medio de ellas.
Y allí el jazmín nevado y clavellina,
casados sus colores,
auroras son del sol. ¡Si fueran flores
los labios encendidos!
Dos arcos pueden ser de dos Cupidos,
y aunque purpúreo el fuego,
la risa abrasa en ellos al sosiego.
Alcaides son de nieve,
en nácares menudos que Amor bebe
y en listas condensada,

perlas los juzga el alma que abrasada
se asombra suspensiva
de que la nieve junto al fuego viva.
Yo he visto en su garganta
tanto marfil con alma, plata tanta,
que en su comparación es etiopisa
la que en Moncayo eterna no se pisa.
Y está en sus manos bellas,
cuyos dedos eclipsan las estrellas,
que en oro las coronan,
tanto puro candor, blancas blasonan,
que apenas de mi amor podrán las penas
juzgar si manos son o si azucenas.
Su talle tan honesto
tan airoso, bizarro, y tan dispuesto,
que solamente el uso
no la necesidad corchos le puso.
Ves, Conde, este retrato
de la hermosura, celestial ornato,
pues con ser como pinto,
mi amor del ordinario es tan distinto,
que puesto que los ojos
se deleitan tal vez en sus despojos
sin detenerse en ellos,
viriles sólo son viendo por ellos
al huésped que en tal casa
mi voluntad honestamente abrasa.
¿No has visto en los antojos
que con ser de cristal nunca los ojos
en ellos se detienen,
sino que por su medio a alcanzar vienen
el objeto que intentan
aunque hermosos la vista no violentan?
Carlos, ¿nunca sediento
te sirvió el vidrio puro de instrumento
en que el agua sabrosa
te brindaba la sed apetitosa?
¿Hiciste entonces caso
del encarnado búcaro del vaso,
puesto que cristalino

mereció estimación por peregrino?
Deleitóle sin duda más de paso
porque solo tu fuego
pretendía en el agua tu sosiego.
Pues yo del mismo modo
tomo en el agua en que se cifra el todo
de mi amada belleza
y no paro por el fruto en la corteza.

CONDE: Bien dicen que es locura
amor; que en cada cual mostrar procura
el modo en que se extrema.
Mas, don Juan, cada loco con su tema.
Yo estoy también perdido
por cierta dama de quien habéis sido
tan acertado Apeles
que juzgo que cohechó vuestros pinceles,
porque es, don Juan, la propia
de quien me tiene loco vuestra copia;
puesto que estoy sujeto
no al abstracto cual vos, sino al concreto.

JUAN: ¿Qué? ¿Vos sois, Conde, amante
de hermosura a la mía semejante?

CONDE: Sirvo con tierno trato
una belleza de quien es retrato
la discreción que hicisteis,
de suerte que sospecho que quisisteis
darme con ella celos
si no es que Amor duplica paralelos.

JUAN: ¿Y sois correspondido?

CONDE: Recíproco favor han conseguido
mis dichas hasta agora,
puesto que honestamente me enamora.

JUAN: ¿Vive cerca?

CONDE: Hasta en eso
se logran coyunturas que intereso.
Bien cerca de aquí habita.

JUAN: Conde, si como a mí no os necesita
la fe del no nombrarla,
fiadme su noticia.

CONDE: Fuera darla

ocasión de perderla.

JUAN: Y si yo os aseguro de tenerla
de tal suerte escondida
dentro del alma que jamás os pida
justa satisfacción de esos agravios,
privilegiada siempre de mis labios,
¿por qué queréis causarme
sospechas que se atrevan a matarme?

CONDE: Porque vuestro secreto
engendra en mi temor el mismo efeto.
Pintáisme vuestra dama
y mientras me ocultáis cómo se llama,
creyendo yo que es ella
la misma que pretendo, una centella
de celos es, bastante
para abrasar al Troya de un amante.

JUAN: ¡Qué tanto se parece
a la que os he pintado!

CONDE: No merece
que otra alma ni otra vida
en distintos sujetos las divida.
La frente, los cabellos,
las cejas, la nariz, los ojos bellos,
las mejillas, la boca,
el cuello hermoso de cristal de roca,
las manos, cuerpo y brío,
y el claro entendimiento, hechizo mío,
todos son propiedades
del bien que adoro, envidia de beldades.

JUAN: Pues, Conde, si es la propia
que yo idolatro y que os mostró mi copia,
¡desesperad cuidados,
y advertid que acostumbran los sagrados
de pura cortesía
desvanecer tal vez la fantasía
de verdes presunciones
interpretando equívocas acciones!
Yo sé que solo vivo
en su amoroso pecho. Yo recibo
favores sólo honestos,

al yugo casto del Amor dispuestos.
Y porque no os dé enfado
el presumirme necio confiado,
advertid que no ha un hora
que echando suertes, fue mi protectora
Fortuna de manera
que me cupo mi dama, y que me espera
por esto tan gustosa
que el parabién se ha dado de mi esposa.
Oíd el epigrama
con que la suerte a su favor me llama:

Saca un papel don JUAN y léele

"Tendrásle de celos loco;
mas vencerá tu firmeza,
que en premio de tal belleza
nunca mucho costó poco."

¡Este me ensoberbece! ¡Esto me escribe!

CONDE: ¡Qué de engaños, don Juan, os apercibe
la propia confianza!
El mar y la mujer, todo es mudanza.
Ese favor, testigo
del gozo con que os veo, esa fineza
sorteada por vos fue sutileza
de un ingenio doblado que conmigo
como con vos procura,
siendo arte, persuadirnos que es ventura.
Antes que yo os hallara,
vino su confidente en busca mía,
y antes que pronunciara
las nuevas que entre engaños me traía,
disfrazando intereses en caricias,
me condenan en costas sus albricias.
Oíd la letra agora
común de dos, de quien os enamora:

El CONDE refiere de memoria la misma letra que leyó don JUAN

"Tendrásle de celos loco,
mas vencerá tu firmeza,
que en premio de tal belleza
nunca mucho costó poco."

JUAN: Pues, ésa, ¿no es la misma que yo os dije
que acaba de enviarme?

CONDE: Ésta os dirige
y ésta me remitió, porque hay ya versos
que sirven a propósitos diversos.
Decid, don Juan, agora
que ese sol, esa luna, que esa Aurora
no alumbra indiferente
con una misma luz diversa gente.

JUAN: A tanta costa mía
venció vuestra probanza mi porfía.
¡Que si mi muerte instantes se dilata
ni el basilisco mata,
ni el rayo es homicida,
ni el áspid salteador de nuestra vida!
¡Remisa es la saeta
que del arco caribe el aire inquieta,
ni la enramada bola
de bombardas flamenca o española
mortal hileras tiende;
ni la traición ofende,
ni da el pesar desvelos,
ni agravios turban, ni enloquecen celos!

CONDE: ¡Templaos, don Juan, templeaos!
¿A dónde vais furioso? Sosegaos,
que ni de vuestra dama
pudo eclipsar la encarecida fama,
ni sé que su noticia
materia pueda dar a mi malicia.
Sólo la rectitud de vuestra llama,
tan desnuda de afectos sensitivos
que sin los incentivos
de vuestro amor, platónicos despojos
os cautivan el alma y no los ojos,

segura de deseos
bastó a obligarme agora por rodeos,
mentiras y quimeras
a sacar de estas burlas esas veras.
Ni la letra que os dije en su desdoro
os alborote o cause maravilla,
porque sólo el oílla
bastó para decíroslo de coro.
Gozad vuestros favores;
que libre estáis por mí de opositores.

JUAN: Conde, las amistades
no disfrazan engaños con verdades.
De vuestra fe con causa voy dudando
porque celos que abrasan, ni aun burlando...

Vase don JUAN

CONDE: Envidia tengo a este hombre.
Curioso, deseo ver esta hermosura,
esta exageración, esta pintura,
esta mujer sin nombre
que con tantos primores
usurpa a la retórica colores,
pincel la lengua y labios
de quien, ocasionando sus agravios
no ve cuan peligrosa
es la alabanza de la prenda hermosa
cuando otro está delante
que puede ser su amante,
y que la llama del Amor, curiosa,
ceba más su veneno,
que con el propio, con el bien ajeno.
Registraré advertido
sus pasos, sus acciones, su sentido,
hasta saber si son ponderaciones
o verdades en ella perfecciones
de tanta consecuencia.
Y si verdades son, tenga paciencia
quien el tesoro enseña al avariento,

brindar osa al sediento,
y a juventud ociosa, toda llama,
las perfecciones pinta de su dama.

Vase el CONDE. Salen don ALONSO, viejo, y don PEDRO de camino

ALONSO: Los brazos tengo de daros
segunda vez; los primeros
con los plácemes de veros
y esto es para gratularos,
yerno no, heredero sí,
hijo y de mi Elisa esposo.

PEDRO: Soy tan poco venturoso
que dudo aun viéndome así
por vos en ellos premiado
que se ha de lograr mi suerte.

ALONSO: No se blasone amor fuerte
si tiembla desconfiado,
¿qué causa tan improvisa
os pudo llevar de aquí?

PEDRO: Es obedecer así
preceptos, señor, de Elisa.
En el parque una mañana
del abril, que en ella vio
más jazmines que pisó
el alba con pies de grana,
la signifiqué el deseo
que tenía de agradarla,
servirla e idolotrarla.
Y respondió, "No lo creo
mientras que no hagáis por mí
una fineza amorosa
al paso dificultosa
que estimable." Prometí
lo que acostumbra quien ama
y díjome, "Yo quisiera
que en estos tiempos hubiera
quien ausente de su dama,

no siendo correspondido,
tan firme y constante fuese
que al que afirma desmintiese
que la ausencia causa olvido
de quien presente encarece
su amor, su desvelo y fe.
No hace mucho, pues, quien ve
el objeto le apetece.

Obligadme en esto vos.
Ausentaos y averigüemos
el tiempo que no nos vemos
cual es firme de los dos.

Y si acaso en la jornada
que os olvidasteis escucho,
no se os dé, don Pedro, mucho
que no se me dará nada."

Fuése y dejóme, juzgad
de qué modo, despreciado,
con celos y desterrado;
pero de su voluntad
tan solícito albacea
que aquel día me partí
a Talavera, y allí
en fe de lo que desea,
puesto que con más firmeza
mi amor que cuando la veía,
obediente mi porfía
como ingrata su belleza.

Permaneciera el amor
que en su desdén solícito,
a no haberme vos escrito
tres veces que su rigor
se enternece a vuestra instancia
y que a mi fe agradecida
a vuestro gusto rendida
y leal a mi constancia
darme la mano os promete.
Esto de aquí me ausentó
y esto me restituyó.
Siete meses, siglos siete

acreditan la fe mía
más firme en los desengaños
que Jacob en sus siete años
él presente, y yo sin Lía.

ALONSO: ¿Qué tanto ha que estáis aquí?

PEDRO: Ayer llegué.

ALONSO: ¿Y desde ayer
no fuera justo saber
vuestra venida?

PEDRO: Advertí
que siendo de noche y tarde
os fuera huésped pesado.
Allá os remití un criado
y no es mucho que os aguarde.

ALONSO: ¡Cortedad impertinente!
Venid, don Pedro, venid.
Seréis esposo en Madrid
de quien querelloso ausente,
y entretanto agasajado
de doña Ana, mi sobrina
que de mi casa vecina
ni poco ha solicitado
vuestro alegre casamiento.

PEDRO: Debo yo mucho a doña Ana.

ALONSO: Veréis a Elisa mañana.
[A prevenirla me ausento].

*Vanse don PEDRO y Don ALONSO. Salen doña ELISA, con un
papel,
y CORAL*

ELISA: ¿Qué tantos extremos hizo
don Juan con la suerte y letra?
Coral, ¿qué tanto se holgó?

CORAL: Háse holgado de manera
que es un holgazón de gustos,
y si en Burgos estuviera,
fundaran sus holgaduras
diez conventos de Las Huelgas.

De los versos que te escribe
sacarás como madeja
el hilo por el ovillo,
el mesón por la tableta.
Léele y verás que te paga
en décimas o espinelas
diezmo su amor como a cura,
alcabala sin que venda,
diez por uno sin ser trigo,
sisa sin tener taberna,
y como alguacil de corte
la décima de su hacienda,
que son versos guarnecidos
de aljófar, diamantes, perlas,
nácares, púrpuras, lamas,
soles, auroras, estrellas,
rosas, jazmines, piropos,
cóncavos, zonas, esferas,
rasgos, amagos, contornos,
giros, remedos, cometas,
con todos los cachivaches
que cuando el reloj se suelta,
los cómicos de este siglo
de golpe desenfardelan.

ELISA: ¿Pues tú también satirizas?

CORAL: ¿A quién no dará molestia
tanto girón y retazo
como hilvana una comedia?
¿Viste mudar una casa
cuando sobre una carreta
la cargan de baratijas
unas con otras revueltas?
¿El escritorio y las ollas,
las sartenes y rodela,
el arcabuz y las naguas,
los platos y la maleta,
al alfombra y el orinal,
la bota y la limpiadera,
la tinaja y los retratos,
las espadas y las ruelas?

¿Viste tocar las campanas
cuando una casa se quema,
y los frailes y alguaciles
por las ventanas y rejas
arrojar a trochemoche
cofres, estrados, carpetas,
libros, basquiñas, pinturas,
guitarras y sombrereras?
¿Viste almonedas vulgares?
¡Qué de vistas te dijera
a no darte el quid pro quo!
Digo ejemplos por sentencias.
Pues, siempre que oigas candores,
epiciclos, influencias,
crepúsculo, potulantes,
antípodas y diademas,
imagina que son trastos,
y carretón el poeta
cargado de triquismiquis.
¡Que se muda! ¡Que se quema!

ELISA: Leo que estás formidable.

CORAL: Tú también formidoblencias
alguno de gongoriza,
pues te villamedianeas.

Lee ELISA el papel

ELISA: "Ya no puede ser severo
este mes ni su aspereza
pues retratándote empieza
en mayo agora el enero.
Felicidades espero
lograda con poseerte,
pues si estriban en quererte
gozos que mis dichas forman,
sola esta vez se conforman
en mí el amor y la suerte.
Si por suerte me cupiste,
¿qué más suerte y más fervor?"

Eternamente deudor
de la Fortuna me hiciste.
Mostrar, Elisa, quisiste
que cuando más desvaría,
burlando el tiempo porfía
en mi favor experiencias,
y que aun en las contingencias
no puedes ser sino mía."

CORAL: ¿Qué te parece eso? ¡Sí
que es decimar con llaneza
y no andar pordiosando
vocablos de Zeca en Meca!

Sale don ALONSO

ALONSO: Tan propicio a nuestras dichas,
Elisa, el año comienza.

Mas vos, ¿qué buscáis aquí?

CORAL: (¡Concentainas y Palencias!)

Aparte

ALONSO: ¿No habláis? ¿Qué queréis? ¿Quien sois?

CORAL: (San Tiento asista en mi lengua.)

Aparte

Soy, señor, cierta persona...

(Persona, sí, mas no cierta

Aparte

porque nunca estoy en casa...

ni persona, porque de éstas

hay mucha falta en el mundo.)

Distilo quintas esencias,

limpio dientes, curo callos,

hago moños, saco muelas.

Llamóme desde el balcón

una titular doncella

que diz que lo son de anillo

en la corte las caseras.

Fiéla, habrá cuatro días,

diez reales de menudencias

y vuelvo por la cobranza.

Señora, tiene la cuenta;

vuestra merced la repase

y quite en Dios y conciencia

lo que fuere exorbitancia
que luego daré la vuelta.

Vase CORAL

ALONSO: Ya tenemos en Madrid
a tu don Pedro y tan cerca
que como a Píramo y Tisbe
una pared nos le niega.
Pero en tu silencio admiro,
Elisa, y en la tibieza
de tus ojos que sin gusto
has recibido estas nuevas.
La grana de tus mejillas,
dirás que son nobles muestras
que excusando cortedades
te han enmudecido honestas;
pero como esas colores,
equivocando apariencias,
de un mismo modo disfrazan
al pesar y a la vergüenza,
sólo pueden constrüirlas
el discurso y la prudencia
que en mí, esta vez estudiosa,
fiscaliza tu modestia.
Todas las que te he tratado
de don Pedro, su nobleza,
su amor, su caudal, su estima,
su discreción y su hacienda,
o mudas conversación
o te finges indispuesta
o con los ojos me dices
lo que no osas con la lengua.
Pues, Elisa, ya mis años
necesitan de quien tenga
cuidado de ti y mi casa,
que me alivie y te merezca.
Harto tengo que lidiar
con ellos y sus molestias

sin añadir sobrecargas
desiguales a mis fuerzas.
Don Pedro es un mozo ilustre,
agradable en su presencia;
conózcole desde niño.
Seis mil ducados de renta
tiene en juros y heredades,
ni travesuras le inquietan,
ni juegos le desperdician,
ni amigos le desordenan.
Yo le tengo voluntad,
y es tanta la que te muestra
que no han bastado a mudarle
tus rigores ni su ausencia.
Yo sé cuan bien te ha de estar.
Ya te consta cuan mal lleva
mi condición rebeldías.
Excusemos resistencia
que la vecindad murmure,
porque quieras o no quieras
te tiene de ver mañana,
y esotro han de quedar hechas
sin falta las escrituras,
o salir la noche mesma
en un coche de Madrid
para un convento de Lerma.

Vase don ALONSO

ELISA: Todo mal no prevenido
es precursor del desmayo.
Mata repentino el rayo,
y si no, quita el sentido.
Instantáneo rayo ha sido,
don Juan, mi padre crüel.
Mas privilégíame de él
mi firmeza inexpugnable;
que aunque a todos formidable,
no hiere el rayo al laurel.

Cuando de mi amor discuerde
y me amenazan congojas,
no porque tiemblan las hojas
el laurel su verdor pierde.
Siempre firme, siempre verde
sus rigores me verán
y, si en perseguirme dan,
la muerte es común remedio;
que mi amor no admite medio
entre la muerte y don Juan.

Entra doña ANA

ANA: Permisiones de parienta
y llanezas de vecina
cuando el amor me encamina
y vengo a verte contenta
 excusan autoridades
de criadas, manto, coche
y visitarte de noche.
Prima, nuestras amistades,
 por causa tuya algo tibias,
se vuelven ya a restaurar.
Plácemes te vengo a dar
si es que con ellos te alivias
 del esposo que por ti
mi casa admite gustosa;
porque de ser tú su esposa
me toca también a mí.
 Perdona la mayor parte
pues nuestra dicha nos casa.
Entró don Juan en mi casa,
no sé si para buscarte,
 e informóse, aunque turbado,
de tu don Pedro y de mí
que de Talavera aquí
viene casi desposado;
 porque tu padre le avisa
de que ya menos crüel

quiere Amor lograr en él
dificultades de Elisa.

Confirmaron sus recelos
las cartas que le leyó
y tu padre le escribió,
mas no bastaron los celos
a destemplan su cordura
si bien nos dieron aviso
de lo mucho que te quiso.
Antes, con la compostura
que debe a su discreción,
gratulando al venturoso,
dijo, "Digno es tal esposo
de tan discreta elección."

Quedaron los dos amigos
y yo lo quedé también.
Hémonos querido bien.
¿De qué sirvieran castigos
que no me estaban a cuento
y yo después padeciera
si por uno que le diera
había de llorar ciento?

No me ha cabido en el pecho
este gozo hasta que tengas
parte de él y te prevengas
a lo que ya, prima, es hecho.

El alma a don Pedro aplica
que, pues me caso y te casas,
la vecindad de las casas
mis bodas te comunica.

Y adiós, que vengo de prisa
y es razón, mientras no sale
mi huésped, que le regale
por quien es y por su Elisa.

Vase doña ANA

ELISA: ¡Qué cobardes son, Fortuna,
las desdichas que ocasionas!
A cientos las eslabonas;

nunca vienen de una en una.
No fueras tan importuna
si crüel en sus aumentos
sin celos dieras tormentos;
pero, ¿qué bronces podrán
con ellos y sin don Juan
valerse de sufrimientos?

¿Yo ironías de doña Ana?
¿Yo de don Juan menosprecios?
¡Fuera, pundonores necios!
¡Fuera, obediencia tirana!
¿Mañana, cielos, mañana
prenda del que aborrecí?
¿Yo sin don Juan y él sin mí?
¿Dueño de quien me persigue?
¡Primero que al "sí" se obligue
un áspid llegue en el "sí"!

Sale CORAL deteniendo a don JUAN

JUAN: ¿Tú me impides? ¡Vive el cielo!

CORAL: Viva, pero no has de entrar.

JUAN: ¿Quieres que te dé la muerte?

CORAL: Lllamaránte irregular.

JUAN: Apártate. No ocasiones...

CORAL: Tú las ocasiones das.

¡De noche y en casa ajena,
colérico criminal!

El viejo es tan avariento
de su honor y autoridad
que al punto que aquí nos vea
dará el grito garrafal
que todo el barrio convoque.

Don Pedro que los oirá,
pues no es sordo ni está lejos,
competidor puntüal,
ha de retar a Zamora.

Al duelo responderás
y, angulando con él tretas,

acabóse el amistad.
Elisa, su semi-esposa,
si te tuvo voluntad,
remitirá sus empeños
al valle de Josafat.
Doña Ana quede la tuya,
se soñaba dueño ya.
Si estelionatos cometes,
¿qué ha de hacer sino rabiar?
Pues Leonor, la relamida
lanzadera del telar
de esta pretensión picote,
pues tejedora neutral
entre ti y tu concurrente
ha sabido enmarañar
lanas de color diversa,
negra aquí si blanca allá.
Siendo arrendajo de Elisa,
¿quién duda que ha de bailar
al son que su ama la hiciera?
Y entrando la vecindad,
¿contra tantas pechelingües
qué importa ser Fierabrás?
Ni, ¿qué fieltro es poderoso
contra tanta tempestad?
¡Vuelta, vuelta los franceses!
¡Oh, si en tus trece te estás!
Pues no comí las maduras,
vuélvame yo en haz y en paz
de la santa cobardía!

JUAN: En la templanza verás
con qué disparates te oigo,
el sosiego con que están
en mis agravios mis pasiones.
Sólo quiero gratular
resoluciones de Elisa
por lo bien que le estará,
a doña Ana a quien obligo
la airosa facilidad
con que redimo deseos.

en grado de afinidad.
Vengo todo parabienes
de esperanzas que veáis
brevemente posesiones
y éstas duren siempre en paz
siglos que juzguéis instantes.

ELISA: En ellos, señor don Juan,
eternicéis con mi prima
tan cuerda conformidad;
que yo, mil veces dichosa,
con el deudo que me dais
el parabién os retorno.

CORAL: (¡Con salsa de para mal!)

Aparte

JUAN: Vengo a veros demás de esto
porque os quisiera excusar
lástimas impertinentes
que es fuerza que me tengáis
si no os desocupo de ellas;
porque si en vuestra beldad
tuvo acción no presumida
mi fe que os sirvió leal,
habiendo, Elisa, tampoco,
que pudiera blasonar
suertes felices, la suerte
que desmintió la verdad.
¿Quién duda que permanezcan
cenizas para señal
de incendios que recién muertos
palpitando agora están?
Pues no, Elisa, no por esto
las sazones impedáis
que os ofrece la Fortuna
que no lo son con azar.
Mi libertad despedida,
ya de veras libertad,
para volverse a su centro
me anduvo anoche a buscar.
Encontróla vuestra prima
y, como la antigüedad
de criados que son fieles

reliquias suelen dejar
de afición en sus señores,
fue fácil en su piedad
que olvidando sentimientos
se volviese a acomodar.
No ha mejorado de dueño;
pero tan contenta está
que si os faltaran los gustos,
os lo pudiera feriar.

ELISA: Tenéis vos tan movediza
el alma que vida os da
que en dos días se envejece
violentada en un lugar.
Quien dueños a meses muda,
por más que sirva, no hará
palacios con azulejos.

CORAL: (Acoto con el refrán.) **Aparte**

ELISA: No os tengo lástima a vos,
pues siendo la liviandad
tan propia cosecha vuestra
seguís vuestro natural.
A doña Ana, sí, y no poca,
que podrá con vos juntar
al pésame de perderos
los plácemes que la dan
segunda vez de adquiriros;
porque en vos tan cerca está
en materia de firmezas
el salir como el entrar.
Allá se lo haya su amor,
que el mío os puedo afirmar
que os echa tan poco menos
que no necesitarán
de pregoneros mis penas
para que os vuelvan acá.
Tiene ya dueño mi dicha
y, como mi voluntad
mañana ha de recibirle
donde eterno ha de habitar,
está despejada y limpia;

que fuera temeridad
que hallara en su casa el dueño
celos en qué tropezar.
Estorbadlos vos en ésta
porque si la frecuentáis,
ni ha de estaros a vos bien
ni a doña Ana sino mal.

JUAN: ¿Quisiéredes vos agora,
contra la serenidad
y quietud de mis afectos
que vos infiernos juzgáis,
que ofendida mi paciencia
soltara todo el raudal
de amenazas y locuras
que acostumbran fulminar
los agravios y los celos?
¡Qué mal haréis si aguardáis
desesperados arrojados,
frenética tempestad
de injurias y desafíos
y esto de ingrata, desleal,
crüel, inconstante, aleve,
cera al fuego, pluma al mar,
con todos los atributos
de que tan llenos están
los teatros cuando pintan
a una dama y a un galán!
Pues, creedme, a fe de libre,
que a poder vos registrar
lo que pasa acá en mi pecho
donde ni estaréis ni estáis,
os partiéredes corrida
porque no se juzga ya
si a amantes no desespera
por valiente una beldad.

ELISA: Por vida vuestra que os creo;
aunque en ver que os abonáis
tan sin qué ni para qué
me ha dado qué sospechar.
¿Qué sería, si así fuese?

Que ya yo vi rotular
libros en el pergamino
que siendo de humanidad
pasan plaza de devotos.
Y en las Indias hay volcán
de nieve la superficie
y en el centro de alquitrán.

JUAN: Pues hagamos una cosa
vos y yo, porque creáis
cuan preservado me tienen
escarmientos de ese mal.
Yo quedaré por perjurio
y hombre de poco caudal
sin palabra ni nobleza
como vos propio hagáis
si pusiere en vos los ojos,
si llegare a preguntar
por vos en toda mi vida.
¿Qué tal de gustos os va
si os quiere mucho don Pedro,
si fue su amor al quitar
y otras cosas a este tono
que ya por curiosidad,
ya porque recuerdos duran,
quien bien quiere suele usar?
¿Qué respondéis?

ELISA: Que seré
en eso tan liberal
que del mismo pensamiento
os juro desde hoy borrar.
Y para que echéis de ver
que lo que determináis
es lo que yo apetecía,
añado una cosa más
que os desengañe del todo.

JUAN: ¿Y es la cosa?

ELISA: Que os sirváis
de que doña Ana me elija
su madrina.

JUAN: Será igual,

Elisa, mi desempeño,
si me permitís honrar
siendo yo vuestro padrino.

ELISA: ¡Jesús! Con esto estarán
cabales todas mis dichas.

CORAL: (No tan bendito y cabal;
que a fe que les viene apelo
aquello de "más mal hay
en el aldehuela, madre,
que se suena." Ello dirá.)

Aparte

JUAN: En fin, ¿estamos conformes
los dos en esto?

ELISA: ¡Y qué tal!

JUAN: Quien se acordare primero
del otro...

ELISA: ...merecerá
descréditos de perjuro.

JUAN: Mucho haréis si lo juráis.

ELISA: ¿Yo? ¿Por vida de don Pedro!
Mas, ¿qué os pretendéis vengar
jurando la de mi prima?
¿Que todo vuestro caudal
se cifra en aquese juro?

JUAN: Eso os debe de abrasar;
mas la vida de don Pedro
no es cosa en que mucho os va.

ELISA: ¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

JUAN: Hasta agora libre estáis.
Yo sé que escondéis adentro
otro que os importa más.
Jurad por él o os creeré.

ELISA: ¿Y es?

JUAN: Por vida de don Juan.

ELISA: ¡Jesús! ¡Qué gran desatino!
No me acordaba de él ya.
¿Vos no veis si por él juro,
que habiéndole de nombrar
pierdo con vos el apuesta?
Dios le perdone.

JUAN: Jurad

por vida de todo aquello
que más queréis y adoráis.

ELISA: Don Pedro viene a ser ése.

JUAN: Si es don Pedro, ¿qué se os da?

ELISA: ¿Para qué he de repetirlo?

JUAN: ¡Qué engañosa que rehusáis!
Jurad por vida de Carlos.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿El de Roldán,
o el español Carlos Quinto?

JUAN: Negad, Elisa, negad
un Conde que en vuestras suertes
sirvió de encuentro y azar
para encumbrarse en mis dichas
hallándose tan capaz
en vos el alma que a un tiempo
tres en ella aposentáis:
a don Pedro, a mí, y al Conde.
Y entre ellos mi libertad,
más que todos infelice
porque os supo querer más.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿Qué Conde es éste?
¿Qué azares? ¿Qué encuentro?
¿Estáis, don Juan, en vuestro juicio?
Desatino refrenad
o ¡vive el cielo...!

JUAN: Sentís
aprietos de la verdad.
Que en fe, sirena, de serlo
se tienen de rubricar
con mi sangre.

ELISA: ¿En la daguita
la mano? ¡Oh, qué singular
paso para una comedia
de las de veinte años ha!
¡Don Juan, sosegaos! ¿Qué es esto?

JUAN: Si le has forzado, será
él Lucrecio y tú Tarquina
porque tengan ejemplar
las matronas y matronos
que hay Porcios si Porcias hay.

Sale LEONOR

LEONOR: Tu padre, prima y don Pedro
entran a verte.

ELISA: Don Juan,
dueño ingrato de mis ojos,
mi prenda, mi bien, mi mal,
yo te quiero, yo te estimo,
yo te adoro. Cesan ya
burlas que abrasan de veras.
Paren enojos en paz.
Éntrate en ese aposento
y en él oculto, serás
testigo de las finezas
de un amor por ti inmortal.

JUAN: ¿Si te casas? ¿Si me olvidas?

ELISA: Por la luz universal
del sol, padre de las otras,
por la vida que me das
viéndote amante y con celos,
y por ti, mi bien, que es más;
de adorarte eternamente
sin que se atreva a borrar
el carácter de mi fe
toda la severidad
e inclemencia de los cielos.

JUAN: En efecto, ¿no serás
de don Pedro?

ELISA: De la suerte
que el traidor dé la lealtad,
que el infierno dé la gloria,
que la guerra dé la paz.

LEONOR: ¡Que entran, señores, que llegan!

ELISA: ¡Ay, mi bien! Si la beldad
de doña Ana me compite,
¿qué he de hacer?

JUAN: ¿Cómo podrá
contra el sol la noche negra

perfecciones alegar?
CORAL: (¿No oponerse una lechuza **Aparte**
 contra un águila que es más?)
ELISA: ¿Entras?
JUAN: Entro con la fe
 de tu palabra.

Vase don JUAN

CORAL: ¿No habrá,
 Leonor, para mí un candil?
 Que a oscuras he de maullar
 como gato entre dos puertas.
LEONOR: No hay gota en él.
CORAL: Pues serás
 virgen loca si no hay gota.
LEONOR: ¿Y tú?
CORAL: ¿Yo? Gotacoral.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Sale el CONDE como de noche y LEONOR

CONDE: Tengo un poco que deciros.

LEONOR: ¿Vos a mí? Viniera bien,
si yo fuera Inés, aquello
de "un poco te quiero, Inés."

CONDE: Decís verdad; mas no sufre
la prisa con que me veis
el remate de la copla,
"yo te lo diré después"
porque si esta ocasión pierdo,
la esperanza perderé
que en vuestro favor estriba.

LEONOR: Terrible tiempo escogéis,
mi señor. Es esa sala,
que divide esta pared,
con su hija y con don Pedro,
hoy su yerno ausente ayer,
conciertan las escrituras.
Y están presentes con él
su sobrina y de ambas partes
deudos que han venido a ser
agentes de nuestras bodas.
Pues la hora... ya lo veis.
El reloj las doce ha dado
y vinieron a las diez.

Échale el CONDE en la manga un bolsillo

¡Ay! ¿Qué es esto que en la manga
suena?

CONDE: No os alborotéis
que aunque pesan no son cantos

que os descalabren.

LEONOR: ¿Pues, qué?

CONDE: Unos pocos de doblones
para que facilitéis
deseos; que cumple a damas
la calle del interés.

LEONOR: ¿En el siglo de vellón
doblonos? Vos entraréis
mejor, si ansí granizáis,
que el planeta ginovés.
Baldada me habéis cogido
del manjar que siempre fue,
cuando se hace el amor hombre,
codillo de la mujer.
¡No hay oros en todo el mundo!
Mirad como no daréis
un todo en aquesta casa.
Hablad, servid, pretendid;
que aunque amantes peregrinen,
dos primero, y con vos tres
deseosos de alcanzar
la villa del bienquerer
llegaréis primero que ellos
pues a la posta corréis
por la senda de Galiana,
vos volando, ellos a pie.
Parecéisme un pino de oro
pues fruto de oro escogéis,
y ellos, en fe de difuntos,
cada cual será un ciprés.
¿Amáis a Elisa o a doña Ana?

CONDE: Antes que noticia os dé
de mi amor, que en vos consiste,
deciros quién soy es bien.
¿Conocéis al Conde Carlos?

LEONOR: Conde Claros sois? ¿Tendréis
el nombre como las obras
porque no puede ofrecer
estrellas de oro, doblones,
sino un cielo cuando esté

claro como un Conde Claros
cual vos. Oí encarecer
a un don Carlos, señoría
nuestro vecino, de quien
dicen que si el nombre es César,
en el obligar es rey.

CONDE: Y sacaré verdadera
con vos esa fama. Haced
mis partes, y si se logran,
Leonor mía, no cuidéis
de vuestro dote y ventura.

LEONOR: Bésoos las manos y pies,
que atada de ellos y de ellas
vuestra esclava soy.

CONDE: Oíd, pues:
exageróme un amigo
que tengo y vos conocéis
con tanto extremo esta noche
la dama a quien quiere bien.
Tanto encareció sus partes,
tan suspenso le escuché,
tan ponderativo anduvo,
tan curioso yo con él
que ausentándose de mí
sin dármela a conocer,
en su retrato mi envidia
pienso que puso el pincel.
Como de la novedad
hija la admiración es,
y ésta madre del deseo,
¡juzgad de tanta preñez
cual saldría el apetito!
Porque en mí fue tan crüel
que obediente a sus impulsos
su amistad atropellé.
Hice seguirle a un criado.
Fue diligente tras él.
Vióle en casa de doña Ana.
Que la amaba sospeché.
Digna fuera su hermosura

de abrazarme, a no saber
que don Juan adora a Elisa;
porque saliendo después
de con doña Ana, turbado,
en la calle le escuché
fulminar con quien le sirve
las locuras que un desdén,
un olvido, una mudanza,
suele arrojar de tropel.
Impedíale el criado
la entrada, por conocer
el riesgo de sus arrojos;
pero tan en vano fue
que a pesar de sus avisos,
yo mismo le vi poner,
ciego, la mano en la daga
y en sus umbrales los pies.
Entró, en fin, habrá dos horas
mas no salió. Vos sabréis,
como confidente suya,
Leonor, lo que se hizo de él;
que yo, con celos primero
que amante, un rato dudé
a las puertas de la calle
entre celoso y cortés
si entraría o no entraría
hasta que por no ofender
la quietud de quien adoro
mis deseos retiré.
De su padre y de don Pedro,
don Álvaro y don Miguel,
doña Ana y otros amigos,
entre todos cinco o seis
que son los que están agora,
conforme dicho me habéis,
haciendo las escrituras
y dándola el parabién,
disimuléme criado
con los demás y llegué
a la presencia de Elisa,

mereciendo en ella ver
tanto cielo, gracia tanta
que en don Juan quedó esta vez,
aunque dijo cuanto pudo,
avaro el encarecer.

Yo la adoro, Leonor mía,
yo estoy loco. Podrá ser
que cuanto más imposible
mis esperanzas la ven,
me parezca más hermosa.

Sin ella, no lo dudéis,
es la vida en mí tan ardua
como cortado el clavel,
como sin calor el fuego,
como sin su esfera el pez,
como el pájaro sin aire,
como sin agua el bajel.

Vos sola, Leonor piadosa,
Leonor cuerda, Leonor fiel,
Leonor...

LEONOR: Vuestra soy. Decid,
 Conde, y no me leonoréis.

CONDE: Vos sola sois mi remedio.

Vos tenéis, sola, poder
para conservar mis años
en el mayo en que los veis.
¿No es mejor para condesa
la hermosa Elisa? ¿No es
mejor para señoría,
Leonor, que para merced?
Pues con una acción no más
que esta noche ejecutéis,
ella os deberá mi estado,
yo la vida os deberé.

LEONOR: Conde, decid, que doblones
 en manga deben de ser,
 por San Juan, granos de helecho,
 pues desde que los toqué
 os quiero más que a mis ojos.

CONDE: Quinientos de ellos tendréis,

seguros para casaros.
Oídmeme y proseguiré:
don Pedro, Elisa y su padre,
y los demás que sabéis,
con las escrituras que hacen
quieren mi sepulcro hacer.
En el semblante de Elisa,
que siempre del alma fue
intérprete fidedigno,
el pesar eché de ver
con que estas bodas permite.
Con causa maliciaré
de que don Juan ocasiona
la pena con que la ven.
Si vos, antes que se firme
el riguroso papel,
alegando nulidades,
por mi esperanza volvéis
diciendo fuisteis testigo
de que su palabra y fe
me dio con la mano hermosa
y que no consentiréis,
que por temor del peligro
quebrando al cielo la ley
que en estos casos dispuso
vos por ella os condenéis,
sus intentos estorbáis,
yo, en fin, resucitaré.
Vos tendréis en mí un esclavo
y a Elisa redimiréis
de la vejación que llora,
pues sosegadas después
pesadumbres y alborotos,
claro está que ha de querer
a un conde más que a un don Juan
su padre, y que vos seréis
gratificada de todos
y estimada en más después.
¿Qué decís?

LEONOR: Que ya es más caro,

Conde, de lo que pensé
el oro que me enmangasteis;
pero, ¿qué tengo de hacer?
No me tengáis por ingrata.
Cuanto mandáis cumpliré.
Comprada soy que no mía.
Vos fuisteis mi mercader;
mas si al ímpetu primero
pretende el viejo crüel
ser en mí leonoricida,
¿quién me podrá socorrer?

CONDE: Yo, Leonor, yo que he de estar,
si advertida me escondéis
donde de vuestras agencias
siendo testigo sea juez.
Cuando intenten agraviaros
los unos y otros, saldré
a sacaros verdadera;
pues es forzoso que os den
crédito viéndome oculto
en casa, con que podréis
libraros vos de su enojo,
y yo sus dudas vencer.

LEONOR: Alto, nunca las hazañas
discursivas han de ser.
Todo consejo es cobarde
porque padre del miedo es.
Entraos en ese aposento
que es donde duermo, y poned
toda el alma en los oídos.
Sabrán lo que me debéis.
(En el otro está don Juan. **Aparte**
A pares empieza el mes.
¡En mi casa las tramoyas!
Conde es Carlos, yo mujer;
doblonos los que me hechizan.)
¿Entráis?

CONDE: Entro para hacer
vuestra fortuna envidiada.

Entra el CONDE

LEONOR: Dios vaya conmigo, amén.
Mas todos salen acá.
Ocasión, Amor, me dé
en que encaje mis mentiras
y me saque de ellas bien.

Salen don ALONSO, don PEDRO, doña ANA, ELISA y otros

ALONSO: Elisa, no ocasiones
sospechas a tu fama;
que ni te han de valer tus evasiones,
ni a quien con tantas veras y fe te ama
consentiré quejoso;
pues vino con gusto a ser tu esposo.

ANA: Prima, si ésta no es tema
y quieres a don Pedro, ¿qué hay que tema
la dilación de un día que encareces?
Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA: Deja para los viejos,
pues que no peinas canas, los consejos
si no es que interesada
te importa el verme a mi pesar casada.
Conozco lo que medro
feliz consorte del señor don Pedro,
y estoy reconocida
al amor que me muestra,
mas tengo prometida
una novena a la patrona nuestra
de Atocha, y así trato
que se queda por hoy este contrato.

ALONSO: Harásla desposada
con más quietud y menos registrada;
que aunque las estaciones
son tan santas de suyo, hay ocasiones
en que las juventudes
profanan oraciones y virtudes,

y pocas hay que apenas
no saquen verdadero a quien decía
"Haberse de llamar," cuando las veía,
"en [las muchas] novenas, las nobuenas."
No apures mi paciencia.
Firma esas escrituras
o apercibe tu loca resistencia
a un convento de Lerma en que tus tías
en su clausura culpan tus porfías.

ELISA: Escojo, pues a mi elección lo dejas,
por mejor que entre rejas
sujeta siempre viva
que a quien no tengo amor servir cautiva;
pues si uno y otro al fin es cautiverio,
más noble me le ofrece un monasterio,
y más vale medrando eterno nombre
ser esclava de Dios que no de un hombre.
Y porque creas cuán constante afirmo
la determinación de tus venganzas,
rasgo en estos papeles esperanzas;

Rásgalos

que de esta suerte yo violencias firmo.
ALONSO: Detén, inadvertida.

Saca la daga

la mano, si no intentas que en tu vida
mi enojo satisfaga.
LEONOR: ¿Está en sí, vuestasted? Meta la daga,
que siendo tan cristiana mi señora,
(La chanza encajo agora.) **Aparte**
y esposa de quien burlan, presumidos,
no ha de tener a un tiempo dos maridos.
ALONSO: ¿Qué dices?
PEDRO: ¿Cómo es eso?
ELISA: ¿Estás en ti, Leonor?

LEONOR: Todo mi seso
 está como solía.
 Señores, mi señora es señoría.
 Un conde la confiesa;
 él por su esposa y yo por mi Condesa.
 Ayer le dio la mano
 besándosela amante y cortesano.
 Yo fui cura y testigo.

Aparte doña ELISA y LEONOR

ELISA: ¡Desatinada, advierte...
LEONOR: Ve conmigo.
ELISA: ...que está don Juan oyendo tus quimeras,
 y que ha de imaginar que hablas de veras.

En voz alta

LEONOR: En balde me cohechas al oído.
 Más quiero mi conciencia. Tu marido
 es el conde don Carlos.

A doña ELISA

 Ve conmigo, que así puedes burlarlos.
ALONSO: ¿Qué conde o desventura?
LEONOR: Esto es notorio.
 Delante de mí se hizo el desposorio.
 ¿De qué forman espantos?
 ¿Es mucho un conde donde sobran tantos?
 Él jura, endoselando estas paredes,
 en señorías mejorar mercedes.
 Y que apetezca yo, no es maravilla,
 ver las espaldas vueltas a una silla.
ALONSO: Ya digas la verdad o ya estés loca.
 Tu atrevimiento mi furor provoca
 a que en tu sangre vil...

Correspondiólas afable
porque echó de ver que en mí
eran una misma cosa
el ponderar y el sentir.
La víspera de año nuevo
echó suertes y salí
por elección de los hados
su amante, y anoche en fin
me intituló su consorte
tan rendida, tan feliz
que en nuestras manos amor
nuestras almas vino a unir.
Avisóme de la ofensa
en que todos incurrís
tiranizando su imperio.
Caballeros advertid:
que es mi esposa, que es Condesa,
y que si lo resistís,
será fuerza el defender
mi acción y fama o morir.

ALONSO: Conde, entre los generosos
siempre ha sido acción civil
hurtar el cuerpo a las leyes
y al sol el rostro encubrir.
Ilustre os conoce España,
conde, os venera Madrid,
rico Fortuna os conserva,
la edad en vos es abril;
mas aunque por tantas partes
calidades presumís,
no son menos las que Elisa
nos debe al cielo y a mí.
Valor, juventud y hacienda
tiene igual; sólo añadís
un título que aunque honroso
no es difícil de adquirir.
Si a Elisa, pues os iguala,
conde, amáis como decís
un mes ha con fin honesto,
pudiéndomela pedir

seguro de vuestro abono,
¿por qué de noche venís
a usurpar jurisdicciones
y esperanzas deslucir?
Intenten pobres plebeyos
medrar por medio tan vil
calidades a sus casas
ennobleciéndose así
que es lo que disculpa en ellos.
Viene a ser, pues lo seguís,
defecto vituperable
digno en vos de corregir.
Oblígueos, pues sois tan noble,
la templanza a que advertís
a pesar de mis ofensas
en mi enojo, y elegid
a satisfacción de partes
esposa con quien vivir
sin que menosprecios llore
después si os arrepentís;
que amores no consultados
y bodas sin prevenir
pronostican las más veces
buen principio y triste fin.

ELISA: Señores, ¿qué disparates!
¿Me pretenden consumir
el seso con la paciencia?
Yo, ¿cuándo os correspondí?
¿Cuándo os tuve por amante?
¿Cuándo, conde, os llegué a oír
deseos que me venciesen?
¿Cuándo os hablé? ¿Cuándo os vi?

LEONOR habla aparte a doña ELISA

LEONOR: ¡Que lo echamos a perder,
señora! ¡Pobre de mí!
El conde viene a librarle
con este ingenioso ardid

de tu padre y de don Pedro.
Por don Juan ha entrado aquí
que es íntimo en sus amores.
Si esta vez sabes fingir
date por libre y dichosa.

LEONOR habla aparte a doña ANA

Señora, sólo por ti
me engolfé en esto. Si el conde
a Elisa llega a adquirir
te queda libre don Juan.
Que es su esposo el conde di,
y dale todo por hecho.

ELISA: (¿Hay quimera más sutil? **Aparte**
Lo que Leonor me aconseja
está de perlas.)

ANA: (Salid, **Aparte**
Amor, a la causa vuestra;
que si llegáis a impedir
que don Juan de Elisa sea,
mi esperanza conseguí.)
El callar es ya culpable,
señores, y el resistir
al cielo y temeridad.
Con Leonor testigo fui
de cuanto ha propuesto el conde.
Él la dio el alma, ella el sí;
conformidad las estrellas,
la noche ocasión y, en fin,
don Pedro culpe a sus hados
y téngase por feliz
esta casa, pues, merece
dueño tanto.

ALONSO: ¡Que por ti,
inadvertida, liviana,
haya mi honor de salir
a la vergüenza! ¿Qué dices?
¿Qué respondes?

ELISA: Que encubrir
tan manifiestas verdades
no es posible; que seguí
los consejos de doña Ana
sin poderme persuadir
a querer bien a don Pedro,
y que el conde vive en mí.

Sale don JUAN

JUAN: Ya es infame el sufrimiento.
Déjame salir a dar
desahogos al pesar,
avisos al escarmiento.
Pretender que en el tormento
sufra las penas atroces
la congoja y no dé voces
con el agravio es lo mismo
que amansar sobre el abismo
los huracanes veloces.
 Quien quiere en los evidentes
ímpetus de la violencia
que esté oculta la paciencia
y los agravios patentes,
llegue a enfrenar las corrientes
que entre desatados hielos
forman airados los cielos,
reprima el fuego en los bronces.
Podrá ser que amanse entonces
la tempestad de los celos.
 Todos me habéis ofendido;
de todos juntos me quejo:
de la imprudencia de un viejo
por avaro inadvertido;
de un amigo fementido
que, vuelto competidor,
Vellido fue de mi amor;
de un amante que pretende
obligar a quien ofende

por los medios del rigor;
de una olvidada hermosura
que siendo noble se venga
y porque efecto no tenga
mi amor turbarle procura
de quien fue mi ventura
solícita intercesora
y ya a mi fe burladora
su lealtad osó vender
que no es infamia ya el ser
por el interés traidora;

de mí mismo que creí
en la duración liviana
de la flor, la sombra vana,
del sueño, del frenesí,
de Elisa, en fin, a quien di
crédito y fe sin temer
que en su leve proceder
es, de las mudanzas dueño,
flor, frenesí, sombra, sueño,
la palabra en la mujer.

No ha un hora que me juró
con afectos apacibles
atropellar imposibles
que en mi favor despreció.
No ha media que me escondió
donde la creí diamante.
No ha un instante que inconstante
anegó mis esperanzas.
¡Considerad las mudanzas
de una hora, media, un instante!

Todos mi mal prevenís.
Loco por todos parezco.
A todos os aborrezco
pues todos me perseguís.
Si estos oprobios sentís,
venid a contradecirme.
Sígame el necio que afirme
que no es infeliz quien ama,
que Amor su imperio no infama

y que hay hermosura firme.

Vase don JUAN

PEDRO: Prevención discreta ha sido,
 Elisa, la que hecho habéis;
 pues, porque os sobren tenéis
 en cada sala un marido.
 De los tres que hemos venido
 podéis a gusto escoger
 y esta casa no temer
 lo que muchas necesitan
 si las que poco se habitan
 a pique están de caer.
 ¡Tanto huésped encerrado!
 ¡Notable capacidad
 tiene vuestra voluntad
 pues a tres lugar ha dado!
 Puesto que he sido llamado
 renuncio el ser escogido.
 En Talavera he vivido,
 en ella de mí os servid
 aunque aquí y allá advertid:
 se quiebran de una manera
 los platos de Talavera
 y las damas de Madrid.

Vase don PEDRO

CONDE: Ya, señora, dificulto
 lo que antes facilité
 aunque crédito no dé
 a vislumbres de esta insulto.
 ¡Pero a tal hora y oculto
 en vuestra casa don Juan!
 Permisiones de galán
 exceden del justo extremo.
 No os culpo yo, pero temo

peligro del qué dirán.

Vase el CONDE

LEONOR: (Miedos, ¿qué hacemos aquí **Aparte**
si en esta tempestad toda
soy la vaca de la boda
y ha de llover sobre mí?
Por el conde me perdí,
de él me voy a socorrer;
y cuando no pueda ser,
pues a embelecocos me atrevo,
oficio conmigo llevo
que me gane de comer.)

Vase LEONOR

ANA: Prima, por verte en altura
que a tus deudos nos honrase,
procuré que se casase
con un conde tu hermosura.
El amor todo es ventura.
No la supiste tener.
Don Juan te ha echado a perder
y es quien de ti más se ofende;
que quien todo lo pretende
todo lo viene a perder.

Vase doña ANA

ELISA: En tu silencio, padre generoso,
conjeturo señales
del pesar congojoso
que crece a la medida de tus males,
pues cuando es tan valiente
de mucho sentimiento no se siente.
Esto causan agravios desiguales

y yo, en la ocasión de ellos inocente
al paso que culpada,
el cuello rindo a tu pasión airada.
Mas óyeme primero, no clemente
sino ofendido sabio.
Sabrás en qué estoy libre, en qué te agravio,
y seré en la opinión que me desdora
de mí misma fiscal y defensora.
Un año ha, poco más, que agradecida
a finezas de amantes
rendí a don Juan la voluntad y vida
con afectos de amor tan semejantes,
con tal conformidad de corazones,
que, si fueran verdad las opiniones
que afirman haber sido
la mujer y el varón un cuerpo solo
y haberlos dividido
severo el dios progenitor de Apolo,
creyera mi cuidado
que de don Juan me habían separado
y que en los dos las almas, dos mitades,
deseaban unir sus voluntades.
Al mismo tiempo, pues que me inclinaba
a don Juan, a don Pedro aborrecía
con tanto extremo que...;si le pintaba
mi ciega fantasía!
Y opuesta a su deseo
tan inclinados tus afectos veía
a que mi amor en él hiciese empleo.
Desmayos de la muerte
el alma me asustaban
sintiendo el no poder obedecerte
y sólo con la vista se aliviaban
de don Juan, que no ofrece
la humana medicina
pítima tan cordial y peregrina
como el ver a quien ama quien padece.
Ausentóse a mi instancia
don Pedro y, ya seguro de él mi amante
en su fe y mi constancia,

labraba Amor finezas de diamante.
Sentiste verle ausente,
permitiste obediente
que volviese a Madrid. ¡Qué desatino!
A desposarse vino,
desesperó esperanzas quien adoro
y perdiendo el decoro
a su cortés templanza,
aumentó con sus ansias mis desvelos.
Sólo quien tiene amor perfecto alcanza
las congojas rabiosas de los celos.
Causómelos doña Ana.
Vivir yo sin don Juan fuera imposible.
Aseguréle humana.
Redujéle apacible.
Entraste a hacer las tristes escrituras.
Prosiguió mi don Juan en sus locuras.
Temí que si le vieses
descrédito a mi fama honesta dieses.
Resistí tu violencia rigurosa.
Salió, no sé de donde
ni quien le ocultó en casa, a quese conde
que mi opinión lastima.
Mintió Leonor, mintió también mi prima
en lo que falsa alega;
que es ciego Amor y hasta los nobles ciega.
Ocasiónóme a enojos
porque en mi vida puse en él los ojos.
Afirmóme Leonor que fiel amigo
de don Juan me procuraba
ver si con tal engaño me libraba
de don Pedro. Por esto que soy, digo,
esposa de ese Carlos.
Salió don Juan celoso.
Multipliqué peligros por obrarlos.
Lo seguro arriesgué por lo dudoso.
La verdad te he propuesto.
El medio elige agora más honesto.
Ya a morir me apercibas,
ya ausente de tus casa vengativas

de Madrid me destierres,
ya entre paredes trágicas me encierres,
o ya, advertido sabio,
reduzcas con don Juan a amor tu agravio.

De rodillas

A tus plantas rendida
la cabeza te ofrezco con la vida.
Lastime al escarmiento
la libertad que oprime a un convento,
a don Juan toda el alma, que si es suya
forzoso es que a su amor se restituya;
pero a don Pedro, al conde inadvertido,
con desdén inmortal eterno olvido.

ALONSO: Ya está, indiscreta Elisa,
en estado tu fama
que da al remedio prisa,
y cuando de tu amor la ciega llama
obligarme pudiera
a que don Juan te diera,
de puro pretendida
ninguno hay que te quiera
porque vale el honor más que la vida.
Oculto el conde Carlos
que en fe de ser tu esposo
presenta, verdadero o mentiroso,
testigos que no puedes recusarlos,
¿de qué suerte pretendes
que don Juan, a quien amas cuando ofendes,
arroje a la malicia
el honor, vidrio al fin tan delicado
que al aliento no más le mancha, quiera
vil para todos una vez quebrado?
Haz el mismo argumento
del conde que ofendido
vio salir a don Juan de tu aposento,
en él por tu imprudencia conducido.
Y mira, cuando amaras

a don Pedro y mi gusto obedecieras,
¿cómo le persuadieras
desmintiendo apariencias que tan claras
nuestra opinión lastiman?
¿Y es bien que tiemblen los que su honra estiman?
Pocos serán mis días.
Presto dará esta pena cabo de ellas.
En Lerma están tus tías.
Déjame con sosiego fenecellos
y vive tú entre tanto
cuando no religiosa, retirada.
Estarás, si no alegre, regalada
mientras Madrid, apetecido encanto,
este desaire olvida
y elegirás, en viéndome sin vida,
a gusto tuyo estado:
ya de don Juan esposa
o ya, con más acuerdo, religiosa.
Segura mi vejez de este cuidado,
prevenirte procura
que Madrid con no verte
al vulgo enfrenará si te murmura,
pues si se olvida todo con la muerte
y la ausencia retrato suyo ha sido,
podrás ausente ocasionar su olvido.

ELISA: ¡Tan sabio medio ofreces!

ALONSO: No me agradezcas lo que no mereces.

Por mi honor me reporto.

Ocupa el plazo corto,

Elisa, en prevenirte

porque dentro de una hora has de partirte.

Vase don ALONSO

ELISA: ¡Ay, caro don Juan mío,

ofendido te dejo!

¿Cómo es posible si de ti me alejo

yo toda amor, tú todo desvarío,

que no muera impaciente

quien a un tiempo es culpada e inocente?

Vase doña ELISA. Salen LEONOR y doña ANA

LEONOR: Esto es todo lo que pasa.

ANA: En efecto, ¿que tú fuiste
la que a Carlos escondiste?

LEONOR: Ocultéle por ti en casa
y, de ella salgo por ti,
huyendo.

ANA: Mientras la mía
de ti su esperanza fía,
en ella tendrás, y en mí,
la acción que yo. Y, si don Juan
hace caso de su honor
y paga mi honesto amor,
mis dichas te deberán
las medras de nuestro engaño.

LEONOR: Ten por cierto que no esté
en Madrid quien más te dé
pesares en todo este año.
Yo vi a sus puertas el coche
con las mulas de camino;
que ha de sacarla imagino
el viejo esta misma noche.

ANA: Logre mis dichas, Amor
y sáqueme de estas olas.

Sale don JUAN

JUAN: Pésame no hallarte a solas.
Retírate allá, Leonor.

LEONOR: (Bueno se le va poniendo **Aparte**
el ojo al hacha. ¿Ya están
los amores de don Juan
de otro temple? No lo entiendo.)

Vase LEONOR

JUAN: Doña Ana, yo necesito
de tu amor y tu consejo.
Herido a don Carlos dejo,
castigo de su delito.

Aguardéle en esa calle;
ciego me salió a buscar.
La razón me pudo dar
aceros para sobralle.

Enemigo es poderoso,
peligrosa mi asistencia,
el retirarme prudencia.
Partirme luego es forzoso.

Débote la voluntad
que pagarte no he podido,
cuando más reconocido
no quiere mi adversidad
que llegue a corresponderla.
El peligro me da prisa;
la poca lealtad de Elisa
ocasión de aborrecerla.

Sirva el ver que me despido
de ti sola y te doy cuenta
de esta desgracia violenta
de señal si te he ofendido
que te vengué castigado,
que reconozco tu amor,
que soy de tu fe deudor,
que me ausento enamorado
deseoso de agradarte
sin recelos de ofenderte,
indigno de merecerte
y resuelto en adorarte.

ANA: No querrá mi suerte airada,
don Juan, ya en mi favor cuerda
que cobrándote te pierda
hoy dichoso, hoy desdichada.

De Madrid saca mi tío
a Elisa. Si aquí estuviera
tu partida permitiera
porque en efecto no fío,

viendo la de tus mudanzas.
Si se ausenta y tú te vas
temo que la seguirás;
que con amor no hay venganzas.

Haga el Conde diligencias
buscándote; que en mi casa
mientras este rigor pasa
desmentirás sus violencias.

En ella es bien te asegure;
que nadie creerá de mí
que por socorrerte a ti
yo mi opinión aventure.

Este cuarto, ese balcón,
pues en amar te aventajo,
pasándome yo al de abajo
te ha de servir de prisión.

Sus espesas celosías
registros deslumbrarán
y en ella divertirán
tus penas melancolías.

No hay padres a quien temer;
de mis acciones soy dueño.
Ocultándote te empeño
nuevamente. Esto has de hacer
y, si no, daré noticia
antes que salgas de aquí
a la justicia de ti.

JUAN: ¿Para qué, mi bien, justicia
 donde reina la piedad,
 donde triunfa tu firmeza?
Si es mi alcaide tu belleza
mi prisión es libertad.

 Mas témome de Leonor
que me vio entrar.

ANA: No hay temella.
Téngola grata y por ella
se ha de lograr nuestro amor.

 De casa no ha de salir
ni la permitiré hablar
con otros, pero cuidar

de tu regalo, asistir
a lo que hayas menester.
Eso sí. Vínose huyendo
de la de Elisa y pretendo
que no lleguen a entender
que apruebo sus demasías.
Mis criadas callarán
también porque, en fin don Juan,
te quieren bien por ser mías.

JUAN: Tú lo dispones de suerte
que en las dichas que intereso
soy ya dos veces tu preso.

ANA: Libros en que entretenerte
hay sobre ese contador
y aderezo con que escribas
versos, que a Elisa apercibas,
mientras que viene Leonor
a traerte de cenar
y a disponerte la cama.

JUAN: La aurora aljófar derrama.
Tarde es para reposar.

ANA: No tienes en qué ocuparte.
Los presos duermen de día.

JUAN: Desvela amor, Ana mía,
y amo yo.

ANA: Quiero cerrarte
que te temo fugitivo.

Cierra con llave

JUAN: Si me buscare Coral,
fíate de él que es leal.

ANA: Adiós, pues, dueño cautivo.

Vase doña ANA

JUAN: Deleita el color verde, que consiste
entre el blanco y el negro, y la Esperanza

le elige porque el medio y punto alcanza
perfectamente de lo alegre y triste.

Pobre de él si el color negro le viste
y le enluta tal vez su destemplanza,
pues le imposibilita su mudanza
que el medio alegre que perdió conquistó.

Lo mismo pesa en la pasión celosa
que entre amor y temor alcanza el medio
y alegrando tal vez, tal entristece.

Ya es imposible amarte, Elisa hermosa,
mi esperanza enlutaste. ¡No hay remedio!
¡Qué mal puede esperar quien aborrece!

Abre CORAL y entre

CORAL: Déjame la llave y vete
a tus haciendas, Leonor.

Aunque siendo haciendas tuyas
no tendrán mucho de Dios.

JUAN: ¡Oh, mi Coral, bien venido!

CORAL: Coral y tan tuyo soy
que esta vez he de quitarte
todo el mal de corazón.
Déjame cerrar la puerta.
Retirémonos los dos
donde, ya que nos acechen
no nos oigan. Atención:
después que al coso saliste
picado del garrochón
de los celos, si no toro
torote atropellador,
de lo roso y lo veloso,
y tu furia nos abrió
el toril o el aposento...
sigo mi comparación
pues toros y desengaños
con una misma armazón
de cabeza nos lo vende
la experiencia su pintor.

Sin osarme rebullir
ovillo de mi temor,
tuve envidia en las paredes
a las letras de carbón,
deseando transformarme
en ellas con saber yo
ser cartapacio del necio
y sátira del lector.
Temblando, en fin, de valiente,
telaraña de un rincón,
me juzgaba palatino.
Del viejo a la primer tos
cuando después que te fuiste
cada cual competidor
sarpullido de tus celos,
le dio a tu dama un jabón.
Quedaron ella y su padre...
¡Ya ves qué tales los dos!
Como en las uñas del gato
el ánima del ratón,
él suspenso, ella turbada.
Fue el miedo tan orador
como en las mujeres se usa
que el peligro es Cicerón.
Ponderó lo que te amaba,
tus finezas, tu valor,
la tempestad de tus celos,
lo limpio de tu afición
y que próspera en no dar
sospechas al pundonor
en los que a vistas vinieron
a esconderte te obligó.
Que a don Pedro aborrecía
más que el buho el resplandor,
al buen año el avariento,
a la Hermandad el ladrón.
Juró como un catalán
no saber quien ocultó
a aquel Conde entremetido,
de nuestra paz Galalón,

que ni de él tuvo noticia
ni en su vida le dignó
la memoria ni aun los ojos.
Mas que, a pura persuasión
de doña Ana que la dijo
ser tu amigo protector
y querer con tal engaño
redimir su vejación,
concedió con su embeleco,
y cerró la confesión
con ofrecer a su espada
el cuello todo candor.
Oyóla *pro tribunali*
el viejo ponderador,
resolviéndose después
de media hora de sermón
en que había de llevarla
a Lerma antes que, veloz,
diese el alba afeite al Prado
y a su oriente bermellón.
Entró a prevenirse Elisa.
El viejo aprestar mandó
el coche con dos criados
y, entre tanto... oye el mejor
caso que escribió poeta
que, a serlo a fe de quien soy,
que sin mendigar asuntos
yo enriqueciera a un autor.
Entre tanto, como digo,
por un pariente envió,
confidente de su casa,
celoso de su opinión.
A éste, pues, en puridad
le dijo, "Álvaro, yo estoy
resuelto a honrar con la sangre
del Conde mi sucesión.
Persuadir que trueque Elisa
en desdén la inclinación
que a don Juan tiene es querer
que el abril viva sin flor.

Fiado, pues, en el tiempo
cuya cuerda dilación
muda afectos y apetitos,
he fingido que llevo hoy
a un monasterio de Lerma
a Elisa, en cuya prisión
escarmiente rebeldías
y llore su obstinación.
Sacaréla luego al punto
de la corte y, yendo yo,
Dorotea y Alvarado
con ella, sin permisión
que a persona comunique,
ni vea aun el resplandor
del cielo con las cortinas
echadas. Mi prevención
estriba en que ignore el pueblo
que ha de darla habitación.
Llegaremos de esta suerte
a la una o a las dos
a sestear a las ventas
que llaman de Torrejón.
Retiraréla a una cuadra
hasta que cubra de horror
la noche nuestro hemisferio
y, siguiendo mi ficción
daremos vuelta a Madrid
persuadiéndola que estoy
resuelto a que viva oculta
en Illescas, donde vos
ya esperáis a instancia mía
mientras la murmuración,
sepultada en el olvido,
no lastime nuestro honor.
Vendrémonos tan despacio
que entremos cuando el rumor
y bullicio de la gente
no pueda darla ocasión
para advertir que a la corte
mi engaño la restauró.

Vos, don Álvaro entre tanto,
en fe que mi amigo sois
y que en vuestra lealtad tengo
antigua satisfacción,
despejando aquesta sala
de cuanto adorno la dio
la calidad de mi estado
y de mi haciendo el valor,
cuadros, colgaduras, sillas,
escritorio, contador,
cama, estrado, sin que quede
un clavo que dé ocasión
a que reconozca el sitio,
pediréis al corredor
Pedro de Ávila, el que vive
junto a la Puerta del Sol,
que os alquile por un mes
otra tanta ostentación
que de modo la disfrace
que no la conozca yo.
Retirada en ella Elisa,
y las puertas del balcón
clavadas, dando la luz
la vidriera superior,
ni creará que está en la corte
ni viéndola sino vos.
Hará don Juan diligencias
que despierten su afición.
Solicitaré entre tanto
que el Conde, que sospechó
mal del desaire pasado,
haga cuerda información
de la honestidad de Elisa
y, buscando intercesor
poderoso, si es su amante
lograré mi pretensión."
Esto dijo, esto escuché,
temeroso acechador,
por el hueco de la llave.
Esto mismo prometió

el amigo confidente
partiendo a su ejecución
como el coche a su jornada.
Salí a tienta a un corredor.
Topé con una escalera.
Hasta un patio me guió.
Di desde él en un corral.
Salté por un paredón.
Supe que el Conde huyó herido.
Mi lealtad adivinó
que estabas en esta casa.
Doña Ana abrirme mandó.
Y la noche que se sigue
volverá a la posesión
de su cuarto nuestra Elisa.
Si permanece tu amor,
pared en medio la tienes,
Tisbe y Píramo los dos.
No os veréis por rehendijas
mas de balcón a balcón.
Para que os comunicuéis
con toda circunspección
sin riesgo de la conciencia,
que eso no lo quiera Dios,
traza tengo imaginada
que ha de hacerme arquitector
balconero con que admire
al artífice mayor.
Ya sabes mi habilidad.
Mi ingenio es ensamblador.
Lo que te quiero infinito.
Consulta a tu suspensión
durmiendo agora sobre ello
si te estará bien o no;
que después queda a mi cargo
el lograr esta invención.

JUAN: Coral, cosas me refieres
que, al paso que nuevas son,
causan en mí novedades
extrañas.

Sale doña ANA

ANA: Entra, Leonor,
 que es hora que don Juan cene.

JUAN: Coral, abre.

ANA: Pues, señor,
 ¿cómo os va de carcelaje?

JUAN: Doña Ana, ¿cómo con vos?

ANA: Tarde es para que cenéis,
 almorzar será mejor
 y reposaréis de día.

JUAN: No hay plato de igual sazón
 como el ver vuestra belleza.

ANA: Venid.

Aparte a CORAL

JUAN: Coral, vuelva yo
 por ti a la gracia de Elisa
 y mi hacienda a tus pies pon.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

*Sacan en una silla de manos, cerrada la puerta, a doña ELISA.
Salen don ALONSO, LEONOR y don ÁLVARO, y en saliendo doña
ELISA
en cuerpo, meten los mozos la silla*

ALONSO: Abre a esa silla la puerta.

Volveos con ella los dos.

¿No sales?

ELISA: Gracias a Dios

que respiro.

ALONSO: Elisa, advierte

tu temosa condición,

que mientras no la mudares

y más cuerda me obligares

ha de durar tu prisión

lo que durare mi vida.

¡Presto la consumirás!

Todos sospechan que vas

a Lerma. Traza es fingida

para que no sepan donde

te niego a sus diligencias.

¡Extraño tus resistencias!

Ni de don Pedro ni el Conde

te satisfaces. Don Juan

no ha de ser tu esposo. En esto

no hay que hablarme. Si has dispuesto

darme disgustos, tendrán

aquí los tuyos castigo.

Si intentas que no me arroje

a más extremos, escoje,

consultándole contigo,

o a don Pedro o a don Carlos;

que aunque éste está receloso

de lo que vio, es generoso.
Medios hay, yo sabré hallarlos,
 que le aseguren verdades.
Al instante he de volverme
a Madrid. No esperes verme
mientras tus temeridades
 no mejoren de consejo.
De don Álvaro te fío.
Ésta es su casa, él su tío.
En su vigilancia dejo
 librada la ejecución
que a tu inquietud tanto importa
y en tu mano el que sea corta
o prolija esta prisión.

A don ÁLVARO

Primo, nadie ha de saber
de Illescas, quien vive aquí.
En la corte os advertí
lo que en esto se ha de hacer.
 Vos la traeréis la comida
y Leonor la guisará
ya que a vuestra instancia está
en casa otra vez. La vida
 me va en esto si por vos
surte mi esperanza efeto.
Avisaréisme en secreto
porque vengamos los dos
 y se concluya esta empresa;
mas nadie espere de mí
que Elisa salga de aquí
si no es difunta o Condesa.
 Cerrad y venid, que es hora
de partirme.

ÁLVARO: Ejecutor
he de ser de este rigor.
Mirad lo que hacéis, señora.

Vanse los dos y cierran con llave por de dentro

ELISA: No sé si diga que siento
el verte en mi compañía
más que cuanta tiranía
oprime mi pensamiento.

LEONOR: Suerte es de los desdichados
que yerran en cuanto emprendan,
con los servicios ofendan
e indignan con los agrados.

Doña Ana con las malicias
de don Carlos me engañó.

Merezca, señora, yo
perdón siquiera en albricias
de que está aquí tu don Juan.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que a Illescas vino,
tú el norte de su camino
y él tras ti tu piedra imán.

Disfrazado en labrador
supo desmentir espías.

¿Quién duda que le verías?

ELISA: ¿Cómo, si hasta el resplandor
del cielo mi padre airado
me limitaba? De noche
no nos permitió que al coche
corriesen un encerado.

Yo a la popa, él junto a mí;
de día en una posada
tan oculta y retirada
que aun los huéspedes no vi.

Tan celoso impertinente
que no te podré dar señas
de si en el camino hay peñas,
de prado, de arroyo o fuente.

Y apenas llegué a esta villa
cuando me sale a la puerta
también para mí encubierta
de esta posada una silla.

Y entrando a oscuras en ella,
para que todo lo dude,
aun la escalera no pude
ver cuando salí por ella
en la más crüel prisión.

¡Leonor, los presos no ven!

LEONOR: ¡Y como que el querer bien
no es caso de inquisición!

Él, en efecto, está aquí
y yo con él disculpada.

El Conde, que interesada
me juzga, volvió por mí

y pidió que te asistiese
con cargo de ponderarte
que su vida es adorarte.

Doña Ana, para que hiciese

que de don Juan te olvidases,
también por mí ha intercedido

y los dos me han ofrecido,
como con Carlos te cases,

dote y ajuar; pero yo
que contigo me crié

y por experiencia sé
que el cielo te destinó

a quien sólo te merece,
resuelta en morir contigo
al cielo doy por testigo
de lo que mi fe te ofrece.

ELISA: Leonor, el presente es tal
que descubrirá quien eres.

LEONOR: Tarde es. Si reposar quieres,
durmiendo se temple el mal.

Cama y alcoba hay curiosa
que autorizan a su dueño.

ELISA: Con pesadumbres no hay sueño.
Poco siente quien reposa.

Rezaré un rato primero
y entrarásme a desnudar.

LEONOR: ¿Enamorada y rezar?

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que aquí te espero.

Vase ELISA

Disponiéndose van bien
de Coral las invenciones.

Saca muchas llaves en un llavero

Fióme sus intenciones
y quiérole un poco bien.

Agora falta probar
si entre tanta multitud
de llaves tendrá virtud
alguna para burlar

la impertinente quimera
del viejo en nuestra prisión;
porque con llave al balcón,
sin ver la calle siquiera

es morir. No sé qué traza
me contó Coral que hacía
con que en el balcón podía
sacar su tramoya a plaza.

Él es medio carpintero
y diversas cosas sabe;
mas, ¡las ventanas con llave!
Sus industrias desespero.

Si Amor, que su imperio muestra
en la mayor apretura,
no alivia nuestra clausura...
Ésta pienso que es maestra.

Voyle a probar entre tanto
que cumple sus devociones
Elisa. Hermanos balcones,
juntaos y sea por encanto.

Vase y salen don JUAN y CORAL

CORAL: Viento en popa navegamos
por el paraje común
de los que nacen de pies,
la Fortuna te hace el buz.
Ya tu Elisa está en su casa
puesto que de mancomún.
Su padre y su confidente
la hacen creer, en virtud
de que su esposo no seas,
que está en Illescas según
escuché trazarlo anoche
a la avara senectud
de su padre. Fuera duerme
doña Ana, que la avestruz
de la muerte le ha sisado
a su tía la salud.
No volverá según esto
hasta que del ataúd
del ocaso libre el sol
dé al oriente nueva luz.
Encajado el pasadizo
que de mi solicitud
e ingenio es prueba, al balcón
que ha de ser nuestro arcaduz
por más que encarcele el viejo
a tu Elisa. Si tahir
eres, a figura estás
yendo a primera de flux.
Llégate a ver la tramoya.

JUAN: Si salieses, Coral, tú
con esa traza, no tiene
bastante plata el Perú
para premiarte el ingenio.

CORAL: Ya es paga la ingratitud.

JUAN: Las ventanas están altas,
la calle toda inquietud,
los vecinos maliciosos,
honra y peligro...

CORAL: ¡Jesús!

¿De cuándo acá eres cobarde?
Calóse el cielo el capuz
con que se enluta la noche
sin verse un jirón azul.
Durmiendo la vecindad,
la luna en el mar del sur,
y ¡tú amor con tembladeras!
¡Qué animosa juventud!

JUAN: ¿Si nos derriba en la calle
tu estratagema?

CORAL: ¿Pues tú
dudas mis habilidades?
Siendo Merlín andaluz
todo yo soy sutileza
si no me desmiente algún
mentecato de la corte.
Pues el sol no nace aún,
ven y verás mis desvelos.

JUAN: ¡Oh, Amor, si sacas a luz
mi esperanza, deberánte
mis sentidos su quietud!

Vanse don JUAN y CORAL. Sale LEONOR con una llave de loba

LEONOR: Hechicera es esta llave.
No hay para ella prevención.
Abrí al instante el balcón.
Por la puerta también cabe
de la sala que he ya abierto.
Deberále a mi artificio
don Juan todo este servicio,
pues con él su amor despierto.

Sale CORAL

CORAL: Dóysela al mismo Arquimedes
si es hombre de tres la una.

LEONOR: ¡Ay, Jesús! No me has dejado

gota de sangre.

CORAL: Las brujas
como tú, por tener poca,
dicen que a los niños chupan.

LEONOR: ¿Por dónde entraste?

CORAL: A la chanza
de un tablón se lo pregunta.
Sacabuche balconero
cuyo cuello como grulla
ya se extiende, ya se encoge,
y celebrando mi industria
en el tuyo se incorpora
con invención tan segura
que pueden pasar por él
los chapines de una viuda.
Puentes sé inventar de encaje.

LEONOR: Sí, pero Coral, ¿quién duda
que en viéndolo los que pasan
nuestra opinión no destruyan?

CORAL: Anda, que estás hoy modorra.
Ya te digo que se excusa
todo registro mirón;
pues cuando el sol y la luna
quieran hacer de él alarde,
retirándole se oculta
del modo que la naveta
del escritorio; que ocupa
el espacio de su hueco.

Sale ELISA

ELISA: Si no hablas con las pinturas,
Leonor, ¿con quién te entretienes?
¡Jesús! Coral, ¿tú aquí?

CORAL: Triunfan
sutilezas amorosas
de impertinencias caducas
y éntrase por cualquier parte
Amor, que es deidad desnuda.

ELISA: Bien; mas ¿con llave las puertas?

CORAL: Para Amor no hay cerraduras;
que como es su padre herrero
le enseña a forjar ganzúas.

ELISA: ¿Por dónde has entrado? Acaba.

CORAL: Prestóle al Amor sus plumas
a un balcón que por los vientos,
sirviéndome de chalupa,
tomó puerto en esta sala.

ELISA: Habla veras, deja burlas.
¿Quién te dijo que en Illescas
estaba yo?

CORAL: Amor, lechuza,
que escondiéndose del sol
te supo seguir a oscuras.
En Illescas y en la corte
estás a un tiempo y, sin culpa,
presa en tu mismo aposento
él de don Álvaro ocupas.
Con caminar ocho leguas
no has caminado ninguna
y huéspedada de tu casa
gozas lo mismo que buscas.
Si quieres averiguar
todas estas garatusas,
abre al balcón las ventanas,
repara el modo y figura
de la sala en que te prenden,
mira esa alcoba o estufa,
las bovedillas del techo
que en Illescas poco se usan,
esas puertas y paredes
que como los trajes mudan
cual danzantes se disfrazan
con ajenas colgaduras.

Sale don JUAN

ELISA: ¡Ay, cielo! ¿En la corte estoy?

JUAN: En la corte y en mi pecho
de quien por justo derecho
todo el dominio te doy.

¡Ay, dueño de mi esperanza!
¿Tú, por mí, sin libertad?

ELISA: Don Juan, la felicidad
de veros con la templanza
que mis firmezas merecen
desazona el no saber
misterios que llego a ver
e imposibles me parecen.

¿Por dónde entrasteis aquí?
¿Cómo penetráis clausuras?

JUAN: Sólo en Coral las locuras
son provechosas.

CORAL: Por ti
mi ingenio se sutileza
pues de tu amor instrumento
te fabriqué sobre el viento
una puente levadiza
por donde el balcón vecino
y el tuyo se dan las manos.

JUAN: Los celos, tal vez villanos,
y Amor todo desatino
prenda mía, me obligó
a que al Conde ingrato hiriese
y, del favor se valiese
que doña Ana me ofreció.
Huésped de su casa he sido,
tiernamente regalado.
Supe cuanto ha maquinado
tu padre y que el Conde herido,
más dichoso que leal,
aunque cirujano llama
ni peligra ni hace cama
por ser tan poco su mal;
que sin encarnar la espada
al soslayo le pasó
un brazo. No la guió
bien mi ofensa provocada.

Ya tendré por ignorante
a quien en la sangre afirma
que Amor su imperio confirma,
pues el Conde más amante
después de vertida tanta,
con más veras te pretende,
con más afectos se enciende,
con más recelos me espanta.

Tu padre, porque te adoro,
a su amor rendirte trata;
que siempre canas de plata
siguen los pasos del oro.

Doña Ana lo solicita,
tus deudos se lo aconsejan,
mis esperanzas me dejan,
sólo tu fe me acredita.

Mas, ¿cómo podrá vencer
contra tanto tu valor,
un Conde competidor,
yo infelice y tú, mujer?

ELISA: ¡Medio con tiempo has hallado
para el mal que te lastima!
¡Huésped, don Juan, de mi prima
"tiernamente regalado!"

Tú lo confiesas así,
los riesgos experimentan
finezas que el fuego alientan
que casi apagado vi.

¿De su casa te valiste
cuando en la corte tenías
amigos de quien podías
fiar? ¡Temores! Ya hiciste
de tu fe más confianza
que de muchos que pudieras
y, si tú la aborrecieras,
no alentaras su esperanza.

Tu amor, don Juan, satisfaga
empeños de mi enemiga
pues el noble que se obliga
ya se dispone a la paga.

ALONSO: ¡Hola, abrid aquí!
LEONOR: ¿Quién es?

Abre y sale don ALONSO

ALONSO: Si yo por de fuera cierro
 ¿para qué es prevención tanta?
LEONOR: Para que quien entre dentro
 no nos halle de improviso
 en civiles ministerios
 imposibles de excusarse.
ALONSO: ¿Duerme Elisa?
LEONOR: Está cumpliendo
 cristianas obligaciones.
ALONSO: Di que salga.
LEONOR: Pues, ¿tan presto
 dio vuelta vuestra Merced
 de Madrid?
ALONSO: Déjate de eso
 y llámala.

Sale ELISA

ELISA: Pues, señor,
 ¿has hallado modos nuevos
 con que añadirme pesares?
 ¿Mudaste ya de consejo?
 ¿Quedósete algo olvidado?
 Que yo te estaba midiendo
 dos leguas de aquí el camino.
 ¿A qué vuelves?
ALONSO: Ya no es tiempo
 de proseguir invenciones.
 Hija, sólo los recelos
 de que don Juan te inquietase
 determinarme pudieron
 a persuadirte que estabas
 en Illescas; mas supuesto

que ya no nos hace estorbo,
que estás en Madrid te advierto
en tu casa y en tu cuarto.

ELISA: ¿Dónde?

ALONSO: En tu casa. Esto es cierto.

ELISA: Pues toda esta ostentación
¿de dónde vino?

ALONSO: Todo eso
y más hallan en la corte
diligencias y dineros.
Acudamos a lo más
y no gastemos el tiempo
en lo que menos importa.
Don Juan, perdido de celos,
hirió ante noche a don Carlos
y sospechándole muerto,
se valió de doña Clara
en cuya casa secreto,
por ser de doña Ana tía,
y heredarla en fe del deudo
que hay entre ellas, envió
por tu prima y convinieron
en que don Juan se ausentase
quedando los dos primero
desposados. Ya te constan
los amorosos extremos
que don Juan debe a doña Ana.
Supo estos tratos don Pedro
y tuvo de ellos envidia
porque en fe de tus desprecios,
olvidándote mudó
en tu prima pensamientos.
Dióse aviso de todo al Conde,
deseando a don Juan preso,
y hallóle herido en un brazo;
mas, gracias a Dios, sin riesgo.
El Conde, pues, que te adora
juzgó generoso y cuerdo
que casándose doña Ana
con don Juan, hallaba medios

con que obligarte a su amor
y anteponiendo deseos
a venganzas, fue esta noche
a ver a don Juan, saliendo
con tantas veras su amigo
que a instancia suya se dieron
doña Ana y don Juan las manos,
unos y otros tan contentos
que enviándome a llamar
testigo he sido y tercero
en casa de doña Clara
de finezas y de afectos.
Mañana han de desposarse
y el Conde, que por ti ha puesto
la vida, viene conmigo.
¡Ya ves lo que le debemos!
Si noble su amor admites,
deberáste tu remedio,
deberáste tu quietud,
deberéte mi sosiego.
No me des más pesadumbres.

LEONOR: (¡Jesús Cristo! ¡Los enredos **Aparte**
que ha tejido en un instante!
¡Válgate la trampa el viejo!)

ELISA: Cosas, señor, me refieres
que las presumiera sueños
a no ser quien las afirma
tan digno de fe y respeto.
¡En la breve duración
de un día tantos sucesos!
¡Tanta mudanza en don Juan!
¡Tan poco amor en su pecho!
¡Yo mujer y por su causa
amenazas resistiendo,
menospreciando peligros,
atropellando destierros,
y el hombre ausente doce horas
sombra leve, cera al fuego,
pluma al aire, corcho al agua,
flor de agosto, sol de febrero!

¡Alto, Amor desvanecido
al uso del siglo andemos!
Lo que arruinaron engaños
reedifiquen escarmientos.
Subordinada a tu gusto
y obediente a tus preceptos
al Conde Carlos admito.

Abrázala

ALONSO: ¡Agora sí que en tu cuello
como la hiedra en el olmo
mil años rejuvenezco!
Aquí está, voy a llamarle.
¡Qué buenas nuevas le llevo!

ELISA: ¿A estas horas? No señor.
Mañana con más sosiego
dispuesta el alma a servirte
podrá venir.

ALONSO: Bien, no quiero
apresurarte; mas mira
que, pues quedamos en esto,
no me saques mentiroso.

Vase don ALONSO

LEONOR: Señora, ¿qué es lo que has hecho?

ELISA: Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres
de un alma toda recelos
que entre engaños que ha escuchado
duda verdades? ¡Que tiemblo!
Don Juan adoró a doña Ana.
Apariencias le ofendieron
del Conde en mi casa oculto,
hirióle, ausentóse, y temo
que escondiéndose en la suya
siendo huésped, es ya dueño.

LEONOR: ¿Hay discursos más perdidos?

¿No adviertes los embelecocos
que tu padre ha sancochado?

ELISA: Sí, pero también entre ellos
mezcló, Leonor, certidumbres.

LEONOR: Si lo fueran ¿a qué efecto
entrara a verte don Juan?

ELISA: ¿Eso dices? Amor, nieto
del mar, padre de mudanzas,
como él hace a todos vientos.
Si dio la mano a mi prima
y supo que me había vuelto
después mi padre a mi casa
¿es mucho que envidie ajeno
lo que juzgaba por propio?
¿No afirmó Coral--¡ay, cielos!--
que estaba ausente doña Ana?
¿La enfermedad no fingieron
de doña Clara su tía?
¿No dijo mi padre luego
que en su casa ella y el Conde
terciaron en los conciertos?
¡Que recelan mis agravios!

LEONOR: Pues ¿qué sacas de todo eso?

ELISA: Que en casa de doña Clara
están todos, esto es cierto,
trazando sus desposorios.
Porque sepas que no miento,
abre, Leonor, dame un manto.

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: Las dos iremos,
o yo sola que es mejor,
quedándote tú aquí dentro
y, si a don Juan hallo en su casa,
culparé los desaciertos
de mis celosos temores;
mas si no, cuanto sospecho
es sin duda.

LEONOR: ¿Y no reparas
que han de conocerte luego
las criadas de tu prima?

ELISA: Todos estarán durmiendo.
La casa es de vecindad.
Hallaré el portal abierto.
Sólo en el cuarto de arriba
vive don Juan casi preso.
Fingiré que soy doña Ana,
abriráme y trazaremos,
si se engañan mis malicias,
los dos el mejor acuerdo
que asegure mis temores.

LEONOR: Ciega estás.

ELISA: Estoy sin seso.

LEONOR: Pues ¿dónde habemos de hallar
el manto si entraste en cuerpo
desde el coche hasta la silla?

ELISA: Mantos hay en mi aposento
y baúles. Baja a abrirlos.

LEONOR: Vamos; que apaciguar celos
es pedir peras al olmo.

ELISA: Leonor, avisa en sintiendo
a mi padre.

LEONOR: ¿Yo? ¿Por dónde?

ELISA: Tendrá el pasadizo puesto
Coral, y desde el balcón
me llamarás.

LEONOR: En efecto
¿das en creer disparates?

ELISA: Dúdolos si no los creo.

*Vanse las dos y salen don ALONSO, don PEDRO y el CONDE,
con banda*

CONDE: Escondido y atento
escuché su amoroso sentimiento,
y que ofreció discreta
ser dueño mío si doña Ana aceta
a don Pedro, y olvida
a don Juan. Pues nos consta su partida
a Valencia, no queda

inconveniente que estorbarnos pueda.

ALONSO: La elección que en su amor don Pedro ha hecho nos obliga a ayudarle.

PEDRO: Satisfecho
de su honesta hermosura
desde que fui su huésped, mi ventura
a adorarle me inclina.

ALONSO: Seguiré mis consejos mi sobrina
pues por padre me tiene.
Además que avisarla me conviene
de todo este suceso
pues al fin que intereso
estriba en que a su prima persuada
que con don Juan su boda concertada,
será muy venturosa
si con ella don Carlos se desposa.

PEDRO: Cuidad de exagerarla
lo mucho que me esmero en adorarla,
lo que pienso servirla.

ALONSO: A mí me está tan bien el persuadirla
la suerte que no espera;
que cuando no por vos por mí lo hiciera.
Hallaréla dormida;
mas no importa. Despierte; que sabida
la nueva que he de darla,
lisonja pienso que es el despertarla.

CONDE: Sí, porque esto de bodas
hará en ella el efecto que hace en todas,
pues por verse en el tálamo risueño
querrá más a un marido que no a un sueño.

*Vanse y salen doña ELISA con manto, don JUAN y
CORAL*

ELISA: Todo esto pueden sospechas
si bien hallándoos aquí
del alma las despedí.

JUAN: Como están ya satisfechas;
aunque tormentas deshechas

fulmine en el mar de amor
la Fortuna, que turbar
mis esperanzas procura,
Santelmo vuestra hermosura,
no han de poderme anegar.

Sentaos un rato. Tracemos
ardides con que podamos
vencer, aunque padezcamos
inclemencias que tememos.

ELISA: Don Juan, prevenir extremos
de un padre todo violencia,
a costa de la paciencia
es forzoso. Yo me voy.

JUAN: Mirad que en la gloria estoy
estando en vuestra presencia.
A estas horas, ¿qué teméis?

ELISA: Temo, don Juan, el cuidado
de un padre que desvelado
Argos en mi ofensa veis.

JUAN: ¿Por el balcón os iréis?

CORAL: Yo le voy a prevenir
entre tanto; que el zafir
del cielo llama a la aurora.

Vase CORAL

JUAN: Merezca quien os adora
sólo este rato vivir.

Siéntanse los dos

ELISA: Es la Fortuna inhumana
de mi paz tan enemiga
que cuanto más nos persiga
se ha de juzgar más ufana.
Mi padre, el Conde, doña Ana,
don Pedro, todo el poder
de los hados ¿qué han de hacer

en tantos riesgos mis llantos
si perseguido de tantos
os dejáis, don Juan, vencer?

JUAN: Yo vi en el mar descubierta
una roca perseguida
de un piélagos, que homicida
cerró al socorro la puerta;
cuantas más olas despierta
menos logra su furor
porque sobre ella mi amor
cantaba por divertirme,
a más combates más firme,
a más riesgos más valor.

Yo vi que un cierzo quería
apagar una centella
porque sobre un roble estrella
de los vientos se reía;
cuanto más la perseguía
aumentaba más su llama
porque emprendida en la rama
vino a abrasar todo el roble;
que en los peligros el noble
teme menos y más ama.

Roca soy, Elisa hermosa,
persiga, asalte, combata
el mar que anegarme trata.
Saldrá mi fe más airosa.
Centella soy animosa.
No hay tempestad que me espante;
que Amor, atrevido infante,
de la quietud incapaz,
sin riesgos siempre es rapaz
pero con ellos gigante.

Sale don ALONSO

ALONSO: ¡Con luz y abierta la sala!
Madrugado ha mi sobrina.

ELISA: Éste es mi padre. ¿Si en casa

me echó menos? ¡Qué desdicha!

Échase el manto y levántase don JUAN

JUAN: Cubre la cara y no temas.

ALONSO: ¡Don Juan!

JUAN: ¿Mandáis en qué os sirva?

ALONSO: ¿Qué hacéis vos en esta casa?

JUAN: Experiencias de quien digna
es de alabanza su dueño,
pues noble a su amor me obliga.

ALONSO: ¿No os íbades a Valencia?

JUAN: Es poca causa una herida
de mi agravio ocasionada
para ausencia tan prolija.

ALONSO: ¿Qué es de doña Ana?

JUAN: Llevóla
la enfermedad de su tía
para que como heredera
a su testamento asista.

ALONSO: ¿Qué veo? ¡Válgame Dios!

JUAN: ¿Qué os ha dado?

ALONSO: ¡Pues, Elisa!
¿Tú a tal hora y en tal parte?
¿Así mi honor precipitas?
¿Así tu fama atropellas?
¿Así mi sangre lastimas?

JUAN: ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?

ALONSO: ¿Cómo? ¿Qué queréis que diga?
¿Quién estar en sí pudiera?
¡En vuestra sangre, en su vida,
satisfacer mis deshonras!
¿Así tu opinión estimas?
¿Así tu recato infamas?
Con alguna llave hechiza
falseaste mis cuidados,
franqueaste tus malicias.

JUAN: Volved, señor don Alonso,
en vos. Que es grande desdicha

que vejez tan venerable
de su prudencia desdiga.
Si sacasteis de esta corte,
dos noches ha, a vuestra hija,
si os ofendió nuestro amor,
si agora a Lerma camina,
¿quién vuestros discursos ciega?
¿Quién os altera la vista?
¿Quién quimeras os retrata?
¿Quién apariencias os pinta?
Advertid que esta señora
como a preso me visita,
como a sólo me acompaña,
como a su amante me estima.
Quiéreme bien tiempos ha,
y aunque mal correspondida
se lastimaba de ver
que entre hipócritas caricias
el abril se malograra
de mi juventud cautiva
en el Argel lisonjero
de quien cuando engaña hechiza.
Supo anoche que experiencias
cuanto costosas propicias
en brazos del escarmiento
del golfo al puerto me libra.
Visitó agora a doña Ana.
Refirióla cuán precisas
obligaciones me empeñan.
Conjuróla como amiga
que a su amor me redujese
si ya según la decían
no intentaba competencias
que ocasionase su envidia.
Halló en ella protectora
recibiéndola benigna,
alentándola discreta,
hablándola compasiva.
Entraron juntas a verme,
intimáronme las dichas

que con mi cuerda mudanza
se me siguen de servirla.
Fue a ver doña Ana a su enferma
y, mi fe reconocida
a un amor tan generoso,
como halle en su hermosa vista
contrahierba a mis desvelos,
que se quede la suplica
conmigo un rato, fiadora
de su honor mi cortesía.
A este tiempo entrasteis vos,
y del modo con que mira
por cristales de colores
juzga de la especie misma
todas las cosas que advierte,
los cuidados que os lastiman
os hacen creer que son
cuantas damas veis Elisas.
Doña Ana quiere a don Pedro,
el Conde los patrocina.
Los dos tratan desposarse.
Sus esperanzas estriban
en vuestro consentimiento.
Ausente está de esta villa
vuestra ingrata sucesora
¿qué ocasión, pues, os incita
a desbaratar acciones
de vos tan apetecidas?

ALONSO: ¡Persuadirme que estoy loco
para que mejor se finja
vuestro engaño, que aunque viejo
no está la sangre tan tibia
en mis venas que no baste!

JUAN: Sosegaos, señor.

ALONSO: Malicias
semejantes no merecen
quietud si no se castigan.
¿A mí negarme evidencias?
¡Aquel manto, la basquiña,
el talle, la misma voz

que escuché cuando subía
conozco!

JUAN: ¡Qué extraño tema!
¿No habrá en Madrid quien se vista
de la misma suerte que otras?

ALONSO: Si puedo con descubrilla
convencer vuestros enredos
¿qué aguardo?

Quiere destaparla y detiéndele don JUAN

JUAN: No se averiguan
en desdoro de las damas
recelos con demasías.
Suspended cortés la mano
o no os guardarán las mías
la noble veneración
a que las canas obligan.

ALONSO: ¡Negadme el que vea su cara!
¡Que esos colores confirman
los indicios de mi agravio!

Alza los tapices y tiente las paredes

¿Esta pared no es vecina
de mi casa? ¿Si han abierto
puerta por ella osadías
que se la den a mi ofensa?

JUAN: Mirad que desautorizan
vuestro seso esas acciones.

ALONSO: ¡Ah, quién tuviera en la cinta
el acero que los años
para su agravio jubilan!
Falseó el atrevimiento
llaves que el vicio fabrica
pero mientras la experiencia
certidumbre examina,
quedaos, alevos, que yo

volveré a casa y, si Elisa
no está en ella, aunque con riesgo
de su opinión ya perdida,
lo que no pueden mis canas
será fuerza que remita
al socorro de los viejos
dando cuenta a la justicia.
La llave que aquí olvidasteis,
dejándoos presos, os quita
de la mano la ocasión
de que huyáis.

Quita la llave de la puerta y ciérralos por de fuera y vase

ELISA: Coral, aprisa,
 que es la dilación dañosa.

Sale CORAL

CORAL: Nuestra puente levadiza
 te asegura. ¡Alto, a pasarla!
JUAN: Adiós dueño de mi vida,
 que yo velaré entre tanto,
 Argos el alma en mi vista
 para socorrer desaires
 si en ellos mi amor peligra.

Vanse todos y sale LEONOR sola

LEONOR: Picóse mi ama en el fuego.
 No tiene tanto temor
 como yo.

Sale ELISA quitándose el manto

ELISA: ¡Leonor, Leonor!

Quítame este manto luego
y escóndele. ¡Acaba, pues!

LEONOR: ¿Viene señor?

ELISA: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Y te vio con don Juan?

ELISA: Sí.
Referiréte después
cosas que te den espanto.
Descuidados nos cogió.

LEONOR: ¡Jesús! ¿Y te conoció?

ELISA: No y sí. Acaba, esconde el manto.
Date prisa; que de hallarle
me pierdo. Llévale.

LEONOR: ¿Dónde?

ELISA: En los colchones le esconde;
pero no, que ha de buscarle.
Échale por el balcón
en la calle; mas verále
mi padre que agora sale
de esotra casa.

LEONOR: ¡Dispón
qué habemos de hacer!

ELISA: Espera,
bájale a nuestro aposento.

LEONOR: Peor, que a tu padre siento
subir ya por la escalera.

ELISA: En la manga.

LEONOR: Mal consejo
que en una comedia vi
que le escondieron así
y todas las oye el viejo.

ELISA: Mira, pues, que sube.

LEONOR: Aguarda,
verás un ardid bisoño.
Metámosle en este moño.

*Destócase y quítase una jaulilla. El manto ha de ser de
los que llaman de humo. Métenle doblado en la jaulilla y vuélvase
Leonor a ponerla. Dentro don ALONSO*

ELISA: ¡Sutil industria!
LEONOR: ¡Gallarda!
Alíñame esos cabellos.
ELISA: ¡Qué mal se reirá quien llora!
LEONOR: Barzagas que le halle agora.
Acaba de componerlos.
ALONSO: Leonor, esa aldaba quita.
ELISA: Señor, pues ¿aquí otra vez?

Sale don ALONSO

ALONSO: ¡Jesús, Jesús, mi vejez
el seso me precipita!
¿Por dónde pudiste entrar
en esta pieza?

Mira y tiente las paredes y la alcoba

ELISA: ¿Qué dices?
¿Qué buscas por los tapices?
¿Qué por la cama?
ALONSO: Engañar
mis advertencias pensabas?
¿Qué es del manto que traías?
ELISA: ¿Manto? ¿Cuándo? ¡Desvarías!
ALONSO: Cuando con don Juan estabas.
LEONOR: ¡Ay desdichada de mí!
Señor ha perdido el seso.
ELISA: ¿Yo con don Juan?
ALONSO: De tu exceso,
liviana, evidencias vi.
Despejad las dos las mangas.
Manifestad faltriqueras.

Míralas

LEONOR: (O está sin seso de veras **Aparte**
o viene a caza de gangas.)

ELISA: Padre y señor ¿qué te han dado?
¡Ay, cielos, que me la han muerto!

LEONOR: O caduca o ten por cierto
que el conde nos le ha hechizado.

ELISA: Padre mío de mis ojos,
¿qué tienes?

Hace que llora

ALONSO: Lloro y derrama
embustes. ¿Si está en la cama?

Vuelve a mirar en la alcoba

ELISA: ¡Nunca yo te diera enojos!
¿Que he de pagar tan aprisa,
Fortuna, tantos rigores!

ALONSO: Ya yo he vuelto en mí. No llores.
Sosiega el pesar, Elisa.

Entré a buscar a tu prima.
Hallé a don Juan y a su lado
a una dama que aunque echado
el manto, juzgué de estima.

Engañóme su vestido,
su talle y disposición;
pues, dando fe a mi ilusión,
descortés los he ofendido.

Cerrados, hija, los dejo
y es fuerza el volver a abrirles.
Templarélos con pedirles
perdón. ¿Qué quieres? Soy viejo.
Donde hay canas, hay malicias.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: ¡Donoso paso!

ALONSO: Si con el conde te caso,
yo te permito, en albricias

del gusto que he de tener,
que os burléis las dos de mí.
Reposa, no estéis así
que quiere ya amanecer.

Razón será que repares
enfados de mis extremos,
casarás y trocaremos
en regocijos pesares.

¿No quieres al conde mucho?

ELISA: Mucho no, pero querréle
poco a poco.

LEONOR: Amor no suele
entrar de golpe.

ALONSO: Ya escucho
que le dices mil ternezas.
Advierte que ha de venir
conmigo a las diez. A abrir
voy a don Juan. Mis simplezas
perdona y acuéstate.

Vase don ALONSO y ciérralas

ELISA: Leonor, vuelve a darme el manto
y di a Coral entre tanto
que eche el puente.

Destócase y sácase el manto y cúbrese ELISA

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: El para qué es de provecho.
No hallándome con don Juan,
dime, ¿de qué servirán
los embustes que hemos hecho?

LEONOR: No estaba en el caso, toma.
Llamo al patrón de la nao.

Hacia el vestuario

Echa acá la barca, ¡aho!
Ya el alba el copete asoma.
Mientras el manto te pones
aprovéchete este ardid
porque celebre Madrid
mi jaulilla y sus balcones.

Vanse las dos y sale don JUAN

JUAN: Niño dios, no te va menos
que la honra si no sales
airoso del laberinto
donde ciego te enredaste.
Llamas traes. Serena alegre
las confusas tempestades
de tanto amoroso golfo
porque en tu trono idolatre.

Salen ELISA con manto y CORAL

CORAL: Entra e iré a alzar la puente.
Serás Leandro en el aire
pues nadas olas de vientos
como el otro nadó sales.

Vase CORAL

JUAN: Pues, mi bien ¿qué ha sucedido?
ELISA: No hay tiempo para contarte
prodigios. Sentémonos

Siéntanse

de la misma forma que antes;
que vuelve mi padre a abrírnos.

Sabrás cosas que te espantes.

*Salen don ALONSO y don ÁLVARO a la puerta del vestuario y
vuélvense a entrar, y échase ELISA el manto quedándose
asentada y levántase don JUAN*

ALONSO: Don Álvaro, de este modo
averiguaré verdades.

Id agora a ver si Elisa
está en su cuarto. La llave
es ésta. Abrid con sosiego
que como yo aquí dentro halle
la encubierta y vos a mi hija,
creeré que pude engañarme.

JUAN: ¿Ya volveréis satisfecho?

ALONSO: Y corrido. Perdonadme,
señora, si malicioso
di crédito a vuestro traje
y vos, don Juan, admitid
satisfacciones bastantes
de un recelo que aparente
no es mucho me deslumbrase.
(¡Vive Dios, que es imposible
no ser ésta Elisa!)

Aparte

JUAN: Paren
en amistad sentimientos,
señor don Alonso, y basten
vuestras mismas experiencias
a reduciros afable,
que estimo yo el ser muy vuestro.

ALONSO: En prueba de nuestras paces
con el parabién os doy
los brazos como se case
con vos aquesa señora
y aumentéis felicidades
de Elisa, esposa de Carlos,
y de don Pedro, su amante
doña Ana, huésped de vuestra.

JUAN: Es deidad Amor y sabe,

manifestando su imperio,
hacer lo difícil fácil.
Siglos dichosos se gocen.
ALONSO: Mil, don Juan, el cielo os guarde
en vida de vuestro empleo.
Adiós, tomad vuestra llave.

Dásela y vase don JUAN

ELISA: Quédese este manto aquí;

Quítasele

que si vuelve a registrarme
mi viejo allá, es peligroso
porque no hay donde ocultarle.
Don Juan, a las diez espero
más para desesperarme
que para vivir al Conde.
Mientras los conciertos se hacen,
disponed de mí y de vos.

Sale CORAL

Vamos, Coral.
CORAL: Buen viaje.

Vanse doña ELISA y CORAL

JUAN: Ya el alba borda el oriente
de aljófares y corales.
¡Ay, si le diesen mis dichas
el parabién con las aves!
Parece que siento voces
en el balcón. ¡Si su padre
a mi Elisa ha echado menos!

Libraréla aunque me maten.

Vase y salen a un balcón LEONOR y don ALONSO y ha de haber dos balcones cubiertos y de uno a otro un pasadizo capaz de que en él quepan ocho personas y se puedan sacar las espadas, y están en el balcón el CONDE y don ÁLVARO

LEONOR: Si ella está por don Juan loca,
si él hace extremos de amante,
si entró esta noche por ella,
si logró el amor alardes
de lo que su ingenio puede
habiendo comunicables
por el viento los balcones
¿cómo pude yo estorbarle,
sola y mujer, sus ardides?

ALONSO: Tú, enredadera, trazaste
estos embustes y hechizos
para que agora los pagues.
Acertaron mis sospechas,
don Álvaro, pues no hallasteis
aquí a Elisa. ¡Murió mi honra!

CONDE: Para vengarla no es tarde.

ÁLVARO: ¡Asomaos a este balcón!
¡Veréis por él pasaje
que los embustes fabrican!

Salen los dos al pasadizo y por la otra parte salen del otro balcón doña ELISA, en cuerpo, y CORAL y detiénense en medio

ALONSO: Conde, a vos os toca el darme
satisfacción de esta injuria.

Allí está don Juan. ¡Vengadme!

ELISA: ¡Ay, Coral! ¡En mi balcón
están el Conde y mi padre!
¡Volvámonos!

pues que la guardan gigantes.

ELISA: Conde ilustre y Carlos noble,
si las estrellas constantes
en sus influjos me inclinan
a que dueño a don Juan llame,
si ha dos años que le quiero,
si es justo que os desengañe
en alma tan desconformes
la aversión de voluntades,
no apetezcáis compañía
que se ha de dar muerte antes
que otro que don Juan se atreva
a que amor mi cuello enlace.
Triunfad de vos mismo, conde.
Sed cortés, pues sois amante.
Obligadme generoso
si os recele interesable.
Ilustre favor os pido.
Mi amor os invoca afable.
O libradme caballero
o si no lo sois, matadme.

CONDE: Lágrimas tan elocuentes
dignas son de venerarse.
Tutela de vuestro amor
seré desde aquí adelante
como de don Juan amigo;
y si estima vuestro padre
serlo mío, como espero,
logrará felicidades
que tal yerno le prometen;
porque yo, si hasta aquí fácil
en no reprimir pasiones,
seré enemigo constante
de quien a don Juan ofenda.

ALONSO: Vos lo mandáis. Dios lo hace.
Trázalo Amor. ¡Contra todos
un viejo y sólo! ¿Qué vale?

JUAN: Dejad que os bese los pies.

CONDE: Añudemos voluntades
que rompieron competencias

y eternizaremos paces
si doña Ana da a don Pedro
la mano.

ANA: Sabré estimarle
por feriármela la vuestra.

CORAL: Pues que se queda incasable,
señor, vuestra señoría,
créame y métase fraile.

CONDE: Fenecieron con la noche
confusiones y pesares,
y con el sol amanece
la paz que a alegrarnos sale.

JUAN: Estos los ardidés son
con que Amor prodigios hace.

CORAL: Y ésta la primer comedia
que tiene fin en el aire.

FIN DE LA COMEDIA

Freeditorial 